

BOLETIN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Domicilio: Calle de Francisco Giner, 14.

El BOLETIN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspira a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.—Suscripción anual: 10 pesetas en la Península y 20 pesetas en el Extranjero.—Número suelto, 1 peseta.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira a los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.

AÑO LVI.

MADRID, 30 DE NOVIEMBRE DE 1932.

NUM. 871.

SUMARIO

PEDAGOGÍA

Patronato de Misiones Pedagógicas. Museo de Arte, por D. Manuel B. Cossío, pág. 321.—A los señores padres de familia. Obligaciones que a los padres imponen los niños desde que nacen (continuación), por D. Carlos T. Gamba, pág. 324.—Los problemas en nuestra escuela, por D.^a María Sánchez Arbós, página 330.—Método global de lectura. Sus fundamentos psicológicos, por M. Roberto Dottrens y D.^a Emilia Margairanz, pág. 332.

ENCICLOPEDIA

El problema del libre albedrío (continuación), por D. Martín Navarro, pág. 336.—Estudio de la región volcánica central de España, por D. Francisco Hernández-Pacheco, pág. 341.—El Colegio de Traductores de Toledo y Domingo Gundisalvo (conclusión), por D. Juan García Fayos, pág. 343.

INSTITUCIÓN

En la inauguración de la "Fuente Cossío", pág. 346.—Notas de excursiones, por D. José M. Giner y D. José Ontañón, pág. 347.—Libros recibidos, pág. 352.

PEDAGOGÍA

PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS

MUSEO DE ARTE (1)

por el Prof. D. Manuel B. Cossío.

Las Misiones añaden hoy algo nuevo que pueda servir, como todo lo demás de que ya se ha servido, para educar la inteligencia y el sentimiento de los pueblos. Este algo nuevo es un Museo de Pintura, que irá circulando de pueblo en pueblo. Un Museo muy pequeño, muy reducido, muy pobre, es ver-

(1) Estas palabras fueron leídas en la inauguración del *Museo del Arte*, celebrada en Barco de Avila, el domingo 16 de octubre de 1932.

dad, pero, al fin, Museo, que se dirige, no a las personas que han viajado; que han ido a las capitales de provincia y a Madrid; que han visto otros Museos mejores y, sobre todo, el Nacional del Prado, que es, en su género, la mayor riqueza de arte que existe en España; esas no tienen necesidad de este Museo circulante, no es para ellas, sino para todas aquellas gentes humildes, que viven en las aldeas más apartadas, que no han salido de ellas o han salido sólo a las cabezas de partido, donde no hay Museos; que si han visto alguna estampa o algún cromo, no han visto nunca verdaderos cuadros; no conocen ninguna pintura de los grandes artistas.

Quisieran las Misiones poder llevar este Museo a las aldeas más pobres, más lejanas y escondidas, como hasta ahora viene haciendo con las demás cosas, porque para esos pueblos son principalmente las Misiones, para los desheredados; pero el Museo no es como los libros, el gramófono y el cine; es más difícil de trasportar donde no haya carretera, y es más difícil todavía de disponer en las aldeas de un salón grande donde pueda instalarse con buenas luces y con el decoro necesario. Por esto, las Misiones han creído poder lograr por ahora algo de su propósito, llevando el Museo a las cabezas de partido y villas grandes, donde haya facilidades para instalarlo, pero coincidiendo precisamente con aquellos días de ferias o de fiestas anuales en que los campesinos y lugareños suelen concurrir a la villa, hombres, mujeres y niños, para ofrecerles entonces a éstos, precisamente a los aldeanos, a los que no han visto cuadros

y no traspasaron nunca los límites de su Ayuntamiento o de su partido, una enseñanza y un atractivo; pues el Museo, durante el día y las proyecciones luminosas de otros muchos cuadros, durante la noche, Museo y proyecciones con charlas animadoras, deben representar al lado de la procesión, del baile, de los concursos, de los deportes o de los fuegos artificiales, un número más —número gratuito— en el programa de festejos. Este número se enriquecerá grandemente cuando las Misiones—tal vez sea pronto—puedan extender a estos lugares lejanos de Madrid el Teatro del Pueblo, y los Coros, que ya se inauguraron hace meses, pero que todavía no han podido circular más que por localidades próximas a la Capital de la República.

Se empezó en las Misiones por llevar al pueblo, para su inteligencia y emoción, lo que está más cerca de la naturaleza de todos los hombres: las palabras, es decir, las palabras bonitas; los cuentos, los romances, los versos, para hacer gozar, para divertir con la belleza del asunto, con la belleza del significado de las palabras y con la belleza de la música de las palabras mismas, que en todo ello consiste lo que se llama la inspiración y el arte de la poesía. Y con la poesía de las palabras que expresan la belleza de las ideas, de los pensamientos, de los deseos, de las pasiones, las Misiones llevaron la Música, que expresa todo esto también, pero sólo con sonidos combinados bellamente y que se halla también en lo más hondo de todos los corazones. ¿Quién hay que no cante? ¿En qué pueblo, por pobre que sea, no habrá una dulzaina, una guitarra, una pandereta? ¿Cuando no hay esto, se usan hasta los almireces! Las Misiones llevaron desde el primer momento a los pueblos y dejaron en ellos libros para continuar aprendiendo y leyendo poesía; gramófonos para seguir oyendo buenas canciones y música bonita. Y al lado de las palabras y de los sonidos, se oyen y van pasando, apareciendo y desapareciendo, oyéndose y dejándose de oír, como las campanadas de un reloj, que para que se oiga una tienen que haber pasado, que haber desaparecido, que haber dejado de oírse las otras, hay la vida ente-

ra, la que todos hacen todos los días, lo mismo en los juegos que en los trabajos, en la familia, en el Ayuntamiento, en el Juzgado, en la iglesia; en el campo, en los talleres, en los comercios, en la escuela; en casa o en los viajes; en paz o en guerra; siendo buenos o siendo perversos; eso que se llama toda la vida, donde todos nos movemos todos los días y que es lo que más nos gusta ver representado, es decir, figurado como en un espejo, donde se vea la imagen de las acciones como si fueran de verdad, pero no siéndolo; donde nos hagan reír y llorar con la presencia y la imagen de nuestra ridiculez y de nuestra desgracia, pero donde no hay desgracias ni ridiculeces reales; donde todo es fingido, donde todo es una farsa; y éste es el Teatro, la imagen entera de la vida, la representación de lo que somos y de lo que hacemos; la ilusión de la vida, que no nos la cuentan, sino que la estamos viendo nosotros mismos pasar en aquel momento, y por esto nos gusta, nos interesa, nos deleita y nos enseña tanto. Era difícil organizar pronto y llevar a todas partes el Teatro; pero había el Cine, que si no es el Teatro, da, por lo menos, las imágenes de acciones, es decir, en movimiento; unas veces, de asuntos fingidos, y otras, de asuntos reales, donde, si no hay la bella emoción del arte, hay la emoción de bellos espectáculos de la naturaleza y de acciones reales humanas que enriquecen el saber, la cultura y refinan el sentir, los gustos. También las Misiones van dejando cines por los pueblos.

Pero hay más todavía. Hay las cosas bonitas que no se hacen con sonidos ni con movimiento; que no las conocemos por el oído ni por el cambio, sino que están quietas, no se mueven, y las percibimos por el tacto y por la vista. Son las cosas bellas que se hacen con lo que llamamos la materia, los cuerpos. Con piedras, con madera, con hierro se hacen las cosas; cuando son bonitas suelen ser la iglesia, los palacios, los castillos, las catedrales, y cosas más pequeñas que hay en las casas: la mesa, las arcas, los armarios. Todo eso y mucho más es lo que se llama arquitectura, que consiste en la belleza de las construcciones. Pero con piedra y madera también, que tocáis y veis,

igualmente se hacen figuras que representan hombres y animales y flores, como los santos de las iglesias y los pasos de Semana Santa, y eso se llama escultura, especialmente las estatuas. Lo mismo en la arquitectura que en la escultura, la materia, los cuerpos, son de verdad, se pueden tocar con la mano; pero esos cuerpos y todos los demás cuerpos de la naturaleza, hombres, animales, árboles, campos, montañas, ríos, todo puede representarse para que parezca que son de verdad, que son de bulto, y no son de verdad ni de bulto. Con la luz y con el color se hace que lo parezcan, y esto es lo que se llama la pintura. Con un sencillo lápiz, con una pluma de escribir puede un pintor sobre una hoja de papel, con lo que se llama dibujar, hacer líneas, dar la ilusión de que hay allí lo que no existe; con manchas más claras y más oscuras, con más o menos luz, que es lo blanco y lo negro, en los sitios en que debe ponerse, dar el efecto de que las figuras tienen bulto, que extienden el brazo hacia el que las mira, y que se puede pasar por detrás de ellas, así como que unas están al sol y otras en sombra; y con el distinto tamaño de las varias cosas que haya dibujado, y el sitio y la dirección en que las coloque—que es lo que se llama perspectiva—, hacer creer que unas están muy cerca y otras muy lejos, lo que no es verdad, porque todas se hallan en la misma hoja de papel o en el mismo cuadro y a la misma distancia. Y todavía quedan los colores—que es en lo que consiste la verdadera pintura—para que la ilusión de la realidad sea más completa. Este es el gran secreto, la gran dificultad de la pintura: dar vida a las cosas pintadas. Y aunque esto sería muy difícil de explicar y de entender ahora fielmente, sirva de ejemplo lo que se cuenta de un pintor de Grecia, siglos antes de Jesucristo, que había pintado un racimo de uvas tan verdadero, que los pájaros venían a picarle. O del pintor español Velázquez, que habiendo hecho el retrato de un almirante y habiendo ido el rey al taller del pintor, donde el retrato estaba, creyó que era de verdad el personaje y que iba a salir cuando él entraba, y apartándose de la puerta y dirigiéndose al retrato, dijo: “Pasad, pasad, señor almirante”.

Cosas bonitas de arquitectura y escultura no pueden viajar ni enseñarse más que por proyecciones y láminas, y así lo irán haciendo poco a poco las Misiones. Pero en la pintura se ha querido traer y enseñar, no sólo proyecciones luminosas, sino algo que fuese lo más parecido a los mismos cuadros que pintaron los grandes artistas. Traer los cuadros mismos sería imposible, porque su valor es tan grande—no sólo por el dinero, que no tienen precio, sino porque su deterioro o su pérdida serían irreparables. Por esto, lo que se trae son copias hechas por buenos pintores, y en todo parecidas, hasta en el tamaño, a sus originales. Los cuadros no se han pintado nunca para llevarlos a los Museos, sino para adornar las casas. Primero se pintó en las paredes mismas de las casas y de las iglesias; luego, en tablas, y desde hace cuatro siglos, casi todo lo que se ha pintado ha sido en lienzo. Y como la pintura era cara y escasos los buenos pintores, casi todos los cuadros se hacían para las iglesias y los conventos; y para los palacios de las familias reales, y de los nobles y ricos que podían pagarlos. De los palacios del rey y de las iglesias y conventos han ido pasando al Museo. En él hay hoy miles de cuadros españoles y extranjeros. Es uno de los museos más ricos del mundo. Y habiendo de escoger sólo algunos para este pequeño Museo circulante, ha parecido lo mejor que fueran sólo españoles, porque es lo que más directamente debe interesar a los pueblos, y entre los españoles, unos pocos ejemplos de aquellos pintores que pasan, en opinión general, por ser los mejores, desde fines del siglo xv hasta principios del xix, que es la época en que mejor se ha pintado en España. Son: Pedro Berruguete, Sánchez Coello, El Greco, Ribera, Zurbarán, Velázquez, Murillo y Goya. En los cuadros están los nombres y los asuntos, y el explicador del Museo hablará acerca de ello. Murillo ha tenido antiguamente más fama universal que todos los restantes. Hoy la más alta estimación corresponde al Greco, a Velázquez y a Goya. Hasta tal punto, que hay que admirarlos y los admira el mundo, que pocos hay que no reconozcan que de ellos tres procede la inspiración más original y más genial que ha

contribuido a crear las direcciones más importantes y renovadoras de la pintura moderna. A España y los pintores españoles se les debe, y de ello hay que estar satisfechos. Y es curioso que en España existan también las pinturas más antiguas del mundo. En la provincia de Santander hay una cueva, la cueva de Altamira, donde los españoles primitivos, los salvajes, los que andaban desnudos y no tenían más que armas de piedra, ya pintaban. En las paredes de la caverna hay animales pintados, y muy bien pintados, es decir, *con mucha vida*, animales que entonces vivían con el hombre en España y que hoy ya aquí no existen. ¿No es, efectivamente, digno de observarse que en España se hayan encontrado las primeras y más antiguas y mejores pinturas de hombres salvajes del mundo hoy civilizado y que en España se hallen también los grandes pintores que más han sabido adelantarse a su tiempo, y que más han servido de modelo, de ejemplo a los pintores de otros países, que más bellamente han renovado la pintura contemporánea?

A LOS SEÑORES PADRES DE FAMILIA

Obligaciones que a los padres imponen los niños desde que nacen (1).

por D. Carlos T. Gamba.

(Continuación.)

7.º—LA SUGESTIÓN EN LA CIENCIA Y EN LA SOCIEDAD: EN LA ESCUELA Y EN EL HOGAR.

Hay un libro que poco se lee ya, olvidado a causa de la copiosa producción pedagógica contemporánea; ese libro es *La Educación y la Herencia*, de J. M. Guyau, autor francés, muerto en 1888, y a cuyo dulce espíritu tantos elogios bordó la crítica filosófica de fin y principios de los siglos XIX y XX.

Se abre el libro, y su primer párrafo es una exhortación a pensar en uno de los más hondos problemas de la vida; dice: "Sólo en la paternidad, pero en la paterni-

dad completa, consciente, es decir, en la educación del niño, es donde el hombre llega a "sentir con todo corazón". ¡Ah! ¡Qué ruido el ruido de los piecitos del niño! Es el ruido ligero y dulce de las generaciones que llegan, indecisas, inciertas, como el porvenir. ¡El porvenir! Nosotros mismos somos los que acaso lo decidimos, por la manera como educamos a las generaciones nuevas." Y he aquí, señores, que este párrafo nos pone en el camino de meditar sobre la verdad de su contenido; cómo, ¿seremos nosotros, simples ciudadanos, que nos creíamos con el haber de sabiduría estrictamente necesario para vivir en sociedad, sin preparación sociológica ni intenciones trascendentes, quienes hemos de decidir de esa nueva "edad de oro" que es el porvenir? Parece ser así a través de esta lectura; el autor nos muestra cómo el hombre lleva en su individualidad una potestad capacitada para influir en el futuro y asegurar en él tanto el bienestar de los que vivan entonces como para hacer real y efectiva esa ansiedad humana de resolver el problema de la inmortalidad.

El hombre, considerado en la totalidad de sus valores espirituales, no es un producto de aislamiento: no puede serlo. Si es real la expresión clásica de que el alma del niño es página en blanco, ¿quién llena la nitidez de esa limpia ejecutoria que el recién nacido muestra en sus manos cuando pisa los umbrales de la vida? Hemos dicho que las determinantes de un destino social están grabadas allí con caracteres ininteligibles para la mezquina visión del hombre; pero es verdad también que la ciencia, prestando poderosa lente a esa visión, lo habilitó para leer el trazo sutil; y es verdad asimismo que esa lectura impone respeto. Mas el niño es brote de una planta, la ascendencia humana, que tiene su raigambre en las lejanías de los siglos, y que atraviesa la Historia, transportando, como heredero universal de su estirpe, predisposiciones, instintos, conciencias..., que esperan el contacto de luz con sus semejantes para evidenciarse, energías latentes recién llegadas que aguardan la conexión con otra fuente de energía vital para entrar en potencia, en una sorprendente sintonía

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

de las vidas separadas por el tiempo. Y he aquí que eso que el nuevo sér exige de la colectividad para *ser* a su vez, va a encontrarlo en el medio ambiente de sugerencias humanas en que aspire la primera ráfaga de aire azul de su nueva existencia.

El mismo Guyau, en magníficas páginas, describe a continuación las grandes conquistas de la sugestión hipnótica, aprovechada por médicos especialistas y distinguidos experimentadores, para volver a cauces de normalidad numerosas vidas desorientadas: viciosos, maniáticos, abúlicos, torpes, rebeldes...; todos dieron su tributo de posibilidades de redención a la ciencia certera y respetuosa de los imprescriptibles fueros de la vida; mas, ¿cómo pudo usarse de esa forma de sugerir el bien en espíritus de extravío y perversión? Pues poniéndolos bajo la acción de un operador armado de todas las armas del saber y de una autoridad moral aceptada sin discusión, hasta dejar al enfermo en un estado de conciencia *aideísta*, casi absoluto, o por lo menos monoideísta, es decir, en semi-ausencia de ideas, página en blanco, de transitoria, pero indudable existencia, aprovechada para sembrar la semilla de una sugestión hasta entonces ignorada; sugestión que, al salir el paciente del suelo hipnótico, se convertía en exigencia ineludible, hasta transformarse en mandato volitivo y materializarse en acto. Y si creéis que este aspecto de la actividad científica se relaciona exclusivamente con enfermos y hombres puestos en extremos no comunes, sufrís desde ahora ya los efectos de una verdadera sugestión colectiva que os produce la impresión de una libertad de conciencia, de que no gozáis, y de una voluntad dueña en absoluto de vuestro yo, cuando, en realidad, ella está determinada en la mayor parte de sus voliciones por toda esa malla sugeridora que es la vida de la sociedad en que vivís; además, juzgáis de conceptos técnicos con criterio ya abandonado.

Los ilustres representantes de novísimas corrientes en materia de educación doctores María Montessori y Ovidio Decroly encontraron en su trato con niños anormales, insuficientes, retardados, idiotas, etc., los nuevos cauces de una metodología pedagógica

que, al ser aplicada a los niños normales y bien dotados, han hecho inesperada y fecunda luz en la solución de los hasta entonces difíciles problemas educacionales. No extrañéis, pues, de que, partiendo de experiencias hechas en seres anormales, puedan encontrarse las mejores normas que aplicar de una manera general.

Fresco está aún el debate que originó el humano criterio de las escuelas criminológicas italianas, que, abriendo nuevas rutas en la apreciación del delito común, hizo entrever en la mentalidad general deficiencias y diferenciaciones peligrosas, que debían ser estudiadas y en oportunidad tratadas con altruista y conveniente intención curativa, más que con la severidad inflexible de las clásicas escuelas penalistas. La situación extrema del desequilibrio mental que presentan los niños insuficientes, como asimismo la de los mayores paranoicos, tienen su correspondencia general en los cerebros reputados normales de pequeños y mayores; sólo que en los primeros, las desigualdades e inarmonías entre las aptitudes mentales son tan notables, que llegan a constituir algo así como un término en la escala del humano equilibrio mental, titulado "insuficientes"; pero, en el otro término, en el de los "suficientes", las aptitudes mentales, también diferenciadas naturalmente, exigen tratamientos especiales, a veces tan rigurosos como en el de los casos clínicos; de aquí todas las corrientes actuales que llevan a la creación de una "pedagogía médica" y de una "escuela a la medida".

El hombre trae al nacer, hemos dicho, trazada una trayectoria futura; mas, como tiene su raigambre originaria en la humanidad que cuenta ya siglos de vida, sus hijos traen por herencia sus virtudes y sus taras, y si no en potencia, están latentes, aguardando el *fiat* que ha de producirla; la educación debe respetar los trazos nobles y aplicarse certeramente a debilitar las tendencias perjudiciales, que también llegan con quien ha recogido el acervo total de un patrimonio en el cual no sólo existen ricos legados, sino que también onerosas cargas; para oponerse a esa parte negativa de la herencia, el hombre ha creado la Educación,

y ella cuenta sabios recursos, que le harán victorioso del instinto y de la malsana predisposición.

Oigamos un último párrafo de Guyau, y adquiriremos la certeza de que, en la modesta esfera del hogar, somos obreros del porvenir. "La sugestión psicológica y neuropata viene a ser tan sólo la exageración de hechos que ocurren en el estado normal. La experimentación sobre el sistema nervioso es una especie de análisis que aísla los hechos, y que, aislándolos, los pone de relieve. Se puede, pues, y se debe admitir una sugestión psicológica, moral y social que se produce aun en los más sanos, sin adquirir esa especie de exageración artificial que le imponen las perturbaciones nerviosas. Esta sugestión moral, bien organizada y bien regulada, puede, evidentemente, ya favorecer, ya suprimir los efectos de la herencia. Estudiémosla, por tanto, en su origen y en sus diversas formas."

"Se puede, decíamos, considerar como probado hoy que, si la sugestión mental existe en un grado excepcional en algunos individuos particularmente bien dotados, en virtud de la analogía de constitución en la raza humana, debe existir también en un grado imperceptible en todos: ¿por qué, pues, no es más fácil de advertir y señalar? Porque: 1.º Es muy débil en la mayoría de los hombres, no produce un efecto sino apenas perceptible en tal o cual momento, en tal o cual caso aislado; 2.º Las sugestiones mentales deben en los individuos normales entrecruzarse más o menos y provenir a la vez de los individuos más diferentes. No estamos, en el estado normal, bajo el poder de un *magnetizador determinado*, de una persona única que nos posea y nos dirija como cosa propia. Pero de esto no se sigue que no seamos accesibles a una infinidad de pequeñas sugestiones, que unas veces se encontrarían, otras se acumulan, produciendo al cabo un efecto muy sensible: trátase entonces de sugestiones provenientes, no de un individuo aislado, sino de la sociedad entera, de todo el medio circundante; en suma, son sugestiones propiamente sociales." Y como una confirmación definitiva de estas ideas, oíd lo que sobre el particular dice el Dr. Inge-

nieros en su conocida obra *Histeria y Sugestión*: "Si creéis que los problemas de la sugestión suponen aún las preocupaciones que dieron brillante actualidad a las Escuelas de la Salpêtrière y de Nancy, representadas en Francia tan notablemente entonces por Charcot y Bernheim, os equivocáis; es preciso atenerse a las últimas conquistas del pensamiento científico, surgidas de aquellos memorables debates, y saber, con Bernheim, que es necesario separar la sugestión de todos los prejuicios: magnetismo, hipnotismo, histeria, sueño provocado, que oscurecen la concepción de este fenómeno: ella (la sugestión) exterioriza una propiedad normal del cerebro: su sugestibilidad". El mismo Dr. Ingenieros, al extraer la obra de Alfred Binet titulada *La Sugestibilité*, dice en una de sus síntesis: "Hay, además, un elemento particular que no debe olvidarse: es la acción moral del ciudadano. El sugestionado, además de ser un tanto autómatas, sufre una acción especial emanada de otro individuo: ora se le llame miedo, ora amor, fascinación, respeto, intimidación, seducción, etc. El hecho existe de manera bien manifiesta". Bien puede Guyau continuar desarrollando su tesis, mostrando cómo la sociedad determina por sugestión la mayor parte de los actos de conducta de los hombres; los que podríamos llamar *grandes centros de sugestión: la autoridad* que poseen ciertas personas, por su saber, por sus virtudes cívicas, por sus excelencias científicas o morales, evidenciadas muchas veces hasta imponer sus voliciones. Gabriel Tarde, en su monumental obra *Las leyes de la imitación*, llamando *prestigio* a esta autoridad, ha dicho: "Ha sido, por tanto, preciso en los comienzos de toda sociedad antigua un gran alarde de autoridad ejercida por algunos hombres soberanamente imperiosos y afirmativos. ¿Ha sido por el terror y la imposición por lo que principalmente han reinado, según se afirma? No; esta explicación es a todas luces insuficiente. Han reinado por su *prestigio*. Sólo el ejemplo del magnetizador nos hace comprender el sentido profundo de esta palabra. El magnetizador no tiene necesidad de mentir, para ser ciega-

mente creído por el magnetizado; no necesita aterrorizar para ser pasivamente obedecido. Tiene *prestigio*, y con esto está dicho”.

Otro centro de sugestión: la *palabra*, tiene un poder de indudable acción en las colectividades, y hasta en los tranquilos dominios de la conciencia individual; Tarde, en su obra citada, al concretar en tres proposiciones formales su tesis de que “todas las semejanzas se deben a repeticiones”, formula su tercera proposición así: “Todas las semejanzas de *origen social* que se observan en el mundo social son el fruto directo de la imitación bajo todas sus formas, imitación-obediencia, imitación-instrucción o imitación-educación, imitación-natural o imitación-refleja, etc. De aquí la excelencia del método contemporáneo, que explica las doctrinas o las instituciones por su historia. Esta tendencia necesariamente ha de generalizarse. Dícese que los grandes genios, los grandes inventores, se encuentran; pero, en primer término, estas coincidencias son muy raras, y después, cuando se comprueban, tienen siempre su origen en un fondo de instrucción común, en que se han inspirado, independientemente uno de otro, los dos autores de la misma invención, fondo que consiste en una acumulación de tradiciones, de experiencias brutas o más o menos organizadas y transmitidas imitativamente por el gran vehículo de todas las imitaciones: la *palabra*”. La Historia, con sus grandes movimientos, sociales, políticos y religiosos, estimulados por la sugestión de la prédica en horas de exaltaciones ideológicas o sentimentales, es una prueba elocuente de ese poder sugestivo de la palabra, que empuja a los hombres por los cien rumbos de sus éxitos o de sus desastres.

En nuestra vida habitual, es la palabra la que anuncia las primeras alarmas de peligros que se acercan o las albricias de una buena nueva, y mucho antes de que la realidad muestre su entidad concreta, los hombres festejan o deploran, porque el ejemplo de la satisfacción o del ajeno pensar sugestionan el espíritu poderosamente. Otro centro de sugestión, los *hechos*, tienen un innegable poder sugeridor de actos; la alegría es con-

tagiosa, dicen las gentes; la tristeza entristece, agregan; los heroísmos, las costumbres, las modas, las ceremonias, los suicidios, los dolores de los hombres que viven en comunidad originan verdaderas corrientes que electrizan a diario el conjunto social y lo someten al vaivén cambiante de un ritmo imposible de contralorear y encauzar por los senderos razonables del análisis y de la lógica; el antiguo y poco elegante proverbio: va Vicente al ruido de la gente, es expresivo signo de ese convencimiento general de que las corrientes colectivas arrastran, en sus a veces turbias aguas, a los hombres, siendo impotente para detenerlos el más discreto razonar. Y los grandes conductores de pueblos conocen bien el secreto de este resorte psicológico que, a través de la Historia, puso en sus manos la posibilidad de hacerle fecundos bienes a la vida o de inferirle irreparables agravios, según que los moviera o no una levantada consideración de sus semejantes.

Y a propósito, oigamos una vez más a Tarde en este elocuente pasaje de su obra citada: “¡Cuántos grandes hombres desde Ramsés a Alejandro, de Alejandro a Mahoma, de Mahoma a Napoleón, han polarizado el alma de su pueblo! ¡Cuántas veces la fijación prolongada de este punto brillante, la gloria o el genio de un hombre, ha hecho caer a todo un pueblo en el estado de catalepsia!

“El entorpecimiento, como sabemos, es sólo aparente en el estado de sonambulismo, ocultando una extrema sobreexcitación. De aquí los prodigios de fuerza y habilidad que el sonambulismo realiza sin vacilar. Algo semejante se vió a principios del siglo cuando, muy enervada a la vez que sobreexcitada, tan pasiva como febril, la Francia militar obedecía al gesto de un fascinador y realizaba prodigios. Este fenómeno atávico es muy apropiado para llevarnos al remoto pasado, para hacernos comprender la acción ejercida sobre sus contemporáneos por esos personajes semifabulosos que todas las distintas civilizaciones colocan a su frente, y a quienes sus leyendas atribuyen la revelación de sus oficios, de sus conocimientos, de sus leyes: Oanés en

Babilonia, Quetz-oalcoalt en Méjico, las dinastías divinas antes de Menes en Egipto, etc. Estudiándolos bien, todos estos reyes dioses, principio común de todas las dinastías humanas y de todas las mitologías, han sido los inventores y los importadores de invenciones extranjeras, los iniciadores, en una palabra. Merced al estupor profundo y vehemente causado por sus primeros milagros, cada una de sus afirmaciones, cada una de sus órdenes fué una gran salida abierta a la inmensidad de las aspiraciones impotentes e indeterminadas que hacían nacer necesidades de fe sin ideas, necesidades de actividad sin medios de acción". Todo esto es incontestable y ninguna razón podría destruirlo.

Estos grandes centros de sugestión: el *prestigio*, la *palabra*, los *hechos*, en el moderno concepto educacional, serían tres poderosos estimulantes externos, que obrarían decisivamente en el desarrollo de las nobles predisposiciones innatas; por eso, Guyau lleva esos elementos a esa sociedad en pequeño que es la escuela y pone en manos del maestro, en su *autoridad*, en su *palabra* y en sus *hechos*, el poder de sugerir vida superior en el niño adormecido en el inconsciente sueño de su inocencia; eso lo conocieron bien los creadores de sistemas filosóficos, que, incomprensidos o repudiados por los mayores, volvieron sus ojos al niño para deslumbrarlo con el prodigio del milagro o la maravilla de sus mágicas sistematizaciones, y sugerir en sus espíritus, con la visión de una victoria segura en el futuro, el acatamiento que les negaban sus contemporáneos.

Y bien, ¿qué es el hogar, sino una sociedad en pequeño, agitada también por múltiples sugestiónes que calan hasta la medula la vida inicial de los niños? Cuando la ley ofrece a la pareja desavenida el remedio extremo del divorcio, tiene en cuenta fundamentalmente el interés moral de los hijos que van modelando su conciencia frente a la absoluta carencia de afecto de sus padres, sustituido ese afecto por factores psicológicos malsanos capaces de sedimentar en la conciencia virgen de los hijos el germen de terribles males futuros, por obra de

una sugestión continuada que nada ni nadie podrá neutralizar en sus efectos dañinos. Y otra vez, aunque temiendo a una excesiva prolijidad, citaré a Tarde, cuando hace referencia a la doble corriente de acción entre el sugestionador y el sugestionado en el seno de las sociedades muy evolucionadas: "Si esto fuese exacto, no sería menos evidente que la revelación de modelo a copia, de maestro a discípulo, de apóstol a neófito, antes de ser recíproca o alternativa, como observamos de ordinario en nuestro mundo igualitario ha debido necesariamente comenzar por ser unilateral e irreversible en su origen. De aquí las castas. Aun en las sociedades más igualitarias, la unilateralidad de que se trata subsiste siempre sobre la base de la iniciación social, en la familia; porque el padre es y será siempre el primer maestro, el primer sacerdote, el primer modelo del hijo". Esto es magnífico y hace tanta luz sobre nuestro tratado, que ni una duda queda ya del carácter pedagógico-educativo del hogar. Y si es verdad el siguiente párrafo que separo del libro *El Criterio Fisiológico*, del Dr. Santín Rossi, que: *Por haber nacido*, el hombre tiene derecho a espacio, educación y protección mientras y cuando no puede obtener energías por él mismo, y libertad de acción" ¿Dónde ha de empezar a hacerse efectivo ese derecho sino en el hogar ambiente, en el hogar enseñanza y en el hogar amoroso cuidado? Sólo a este precio podrá el hombre, siguiendo al mismo autor, adquirir el derecho a la felicidad, *por haber cumplido con sus deberes sociales*.

Mas ¿cómo podrá un hombre cumplir con sus obligaciones sociales, si su espíritu fué desorientado *ab initio*? ¿Cómo podrá encontrar en sí esa fuerza tenaz que exigen las dificultades de la vida, en la cual toda la acidez de la lucha no debe empañar la nitidez del sentimiento, quien vivió, amargada y sombría, inexplicable y árida la época, para siempre ida, en que cristalizaron los primeros juicios y tomaron forma definitiva los primeros sentimientos? El mismo Dr. Rossi dice en otro pasaje de su obra: "La familia es una institución biológica en realidad, pues todos los organismos que tienen necesidad de pro-

tección paterna para sus funciones nutritivas y defensivas constituyen una familia por ese período, sólo que, en la especie humana, la familia, fundada sobre la misma necesidad biológica, lleva el sello dignificante y "humanizado del sentimiento". Bien; si por haber nacido el hombre tiene derecho a educación, debe irse más allá y agregar que es también legítima exigencia la de que ese derecho se ejerza desde que se da el primer paso en los senderos de la vida.

El Dr. Carlos Octavio Bunge, en su conocida obra *La Educación*, dice: "1.º La educación doméstica es la que da al niño sus concepciones madres, su primer criterio y sus más íntimos prejuicios; luego es trascendente, y merece toda la atención del pedagogo".

"2.º La educación, sea doméstica o pública, es un proceso único y orgánico; sus procedimientos deben ser congruentes y recíprocos, so pena de destruirse mutuamente la que se da en el hogar y la que se recibe en la escuela; luego al estudiarse la instrucción pública, deben tenerse presentes el deslinde, los principios y la función de la educación doméstica".

"3.º La educación doméstica, por empíricos que sean sus procedimientos, obedece a sanos y sólidos fundamentos de psicología, lógica y moral; luego debe constituir una rama científica de la pedagogía". Frente a estas afirmaciones, ¿qué renovación inmensa de hábitos y costumbres se impondría en la vida habitual de los hombres! La escuela pública trasmite ciencias y no encuentra para ello ninguna dificultad; su impotencia, si la sufre, es cuestión de metodología, mas nadie le estorba; apenas si el niño tiene ligeras sospechas de la existencia de numerosas cuestiones que la escuela le revela; nada hay, pues, que obstaculice esta revelación. Mas en la parte moral no ocurre lo mismo; el niño lleva ya una cristalización de sentimientos y una orientación que difícilmente podrá variar la acción escolar; por ello, Rousseau defendió el extremismo del alejamiento total del alumno de su familia, a la cual consideraba como una manifestación primera ante el niño de la sociedad pervertida, contraria a los intereses más

respetables del educando; la acción escolar será ineficaz, primero, porque tales antecedentes se han hecho circunstanciales con la conciencia del niño, son su propia conciencia, y, segundo, porque el ambiente escolar no puede presentar al niño los mil ejemplos de palpitante vida que desfilan ante sus ojos ávidos en el hogar, y donde para cada uno de los cuales presencia una reacción de sus mayores, que toma asiento definitivo en su alma en formación; si la ruindad de intenciones, el orgullo que pervierte, la indiferencia ante el dolor del mendigo que golpea la puerta, la dureza del juicio para el error ajeno, la condenación para todo delito sin atenuantes de cariño o de piedad; si la pompa exterior, la desconsideración mutua entre sus familiares; si la pretensión y la mentira constituyen el ambiente en que, como dice Bunge, el niño ha de formar sus concepciones madres, ¿qué podrá hacer la escuela con sus cuatro horas de enseñanza intelectualista y de lecciones de moral abstracta y muerta, que no interesan al niño y que constituyen verdadero tormento del maestro? ¿Será así como el hogar hará efectivo el derecho a educación que trae el ser por el solo hecho de haber nacido? No; si los cuidadores de parejeros, si los aficionados a las riñas vigilan cada minuto de sus caballos y de sus gallos de pelea, para acudir presurosos y *sabios* a la menor deficiencia, como también para sorprender las más sutiles probabilidades de próximos triunfos, el espíritu del niño, en cuyo seno vive el futuro de la raza, tiene derecho a severa y juiciosa dedicación, y de no hacerlo así, no podrán los hombres proclamar las audacias de su ciencia contemporánea, su cultura superior ni sus virtudes individuales.

8.º—PREMIOS Y PREFERENCIAS; NUEVAS ORIENTACIONES CIENTÍFICAS.

¡Oh! Y si a cuanto queda dicho se agregan las preferencias entre hijos con que los padres suelen entristecer sus hogares, haciendo desgraciadas numerosas vidas, entonces se tiene la evidencia de que fué un error de la Pedagogía olvidar la educación doméstica, por haberla considerado indigna

de merecer la atención de las disciplinas científicas.

Levantar sobre la totalidad de los hijos el privilegio de afecto del preferido es colocar a éste en la senda de recios golpes en la vida, y a los demás, en el camino del desamor a sus progenitores, y peor aún, en el de su propio escepticismo creado por la injusticia, siempre presente, de un irritante privilegio estimulando el despecho y un silencioso deseo de venganza. Generalmente, estas preferencias ningún fundamento lógico poseen: o es el varón, por serlo, o es el último hijo, o es la niña más bonita, etc. ¿Quién no conoce estas debilidades de los padres? Y qué injustas; nunca esas preferencias son el fruto de una superioridad adquirida por la acción o el mérito; ¿qué culpa tienen las niñas de no ser varones?, ¿qué culpas tienen las demás en no ser tan hermosas como la preferida?, ¿qué culpas tienen los mayores en no haber nacido últimos?, y estas circunstancias clásicas, tanto como dañinas en los hogares, responden bien al criterio social de los premios escolares, que siempre se distribuyeron sin ninguna base científica e infiriendo con ellos verdaderos agravios a la justicia y causando además un dolor irreparable a la sensibilidad de los no premiados. Tengo sobre mi mesa de trabajo un tratado sobre *Filosofía de la Educación*, de que es autor el ex-rector de la Universidad de Chile Dr. Valentín Letelier, quien dedica uno de sus capítulos a esta cuestión; dice: "Para medir con exactitud el alcance de esta doctrina, es indispensable advertir que ella no supone ni la supresión del Código penal ni la de las penas disciplinarias establecidas en los servicios públicos. Tampoco supone ella la supresión de los premios de los certámenes literarios, de los juegos florales, gimnásticos y de esgrima, ni enseña para formar funcionarios austeros, atentos sólo a cumplir su deber, se deba quitarles la expectativa de ver recompensados sus servicios con el ascenso. Todos estos premios, inclusive el de las carreras de caballos, deben quedar subsistentes; pero se deben suprimir por inconvenientes los diplomas, las medallas, los libros, las becas y las pensiones que todos

los sistemas públicos de educación ofrecen a los alumnos más distinguidos." Más adelante agrega: "En las prisiones, en las policías, en los cuarteles, en los buques de guerra o de comercio, en las grandes empresas industriales, en los servicios públicos de resguardo, de correos, en las congregaciones religiosas, etc., cuyo personal se compone, por lo común, de adultos que han terminado su educación escolar, no se mantiene el orden, sin embargo, sino bajo la amenaza del castigo y la esperanza del premio". (¡Qué horror!, en tiempos de la esclavitud, no se mantenía la sumisión de los negros oprimidos sino con el látigo, la horca y los *bull dog*.) Estas, poco más o menos, son las razones que en este debate clásico y ya inútil han invocado siempre los defensores de la institución de los premios y los castigos escolares.

(Concluirá.)

LOS PROBLEMAS EN NUESTRA ESCUELA

por D.^a María Sánchez Arbós,
Maestra nacional de Madrid.

I.—El paso de niños a otra clase.

Hace unos años, preocupaba únicamente a los padres el paso de sus hijos de un curso a otro. Ello significaba la pérdida de un año en la carrera de su vida, y esto había que evitarlo por todos los medios posibles. Actualmente, bien porque la escuela primaria ha empezado a reconocerse fundamental, bien porque el retraso en el ingreso de la enseñanza secundaria perjudica enormemente, o bien porque la cuestión de la enseñanza en general se va refinando y va interesando lo necesario, tanto a padres como a maestros, la preocupación de unos y otros respecto al paso de los niños a un grado más elevado no deja de dar lugar a serias reflexiones.

Todos los padres desean que sus hijos avancen. El paso a una nueva clase es recibido siempre con júbilo. Para los padres, no significa más que la señal exterior de

que su hijo adelanta y de que el maestro lo hace bien. Para el maestro es problema más fundamental, y quizá uno de los más difíciles de resolver acertadamente.

En toda clase, sea del grado que quiera, podemos establecer tres categorías de alumnos. Una categoría o grupo de niños inteligentes e interesados en saber (son los menos); otro grupo de indolentes y retrasados, también escaso, y una mayoría de niños análogos, en los que se equilibran cualidades ventajosas y desventajosas para su avance. Seguir con el primer grupo es muy cómodo. El maestro no hace nada con ellos; en todo caso, los perjudica retardando su avance, porque aun se ha escrito muy poco en favor de una pedagogía aplicable a estos niños adelantados, a los cuales forzosamente sometemos a la marcha media de la clase. Este grupo de niños es el que pasa sucesivamente de un grado a otro sin vacilación ni temor de ninguna clase. El grupo de niños retrasados tampoco es motivo de gran preocupación para el maestro. Este ve claramente que aquellos niños, a pesar de sus años, no avanzan en el grado de enseñanza. No pueden avanzar por los métodos normales; quizás avanzarían con un método especial, que el maestro no puede ensayar en su clase de tipo normal. Estos niños permanecen sin dudas en el mismo grado, con visible perjuicio para ellos y para los demás. Anticipando nuestra opinión, creemos que estos niños deberían pasar de grado con los de su edad, estén o no en condiciones. El mismo perjuicio ocasionan en una clase que en otra, y ¿quién sabe si despertarían más fácilmente con niños de su edad que con los más pequeños?

Las vacilaciones máximas están en ese grupo numeroso de niños del tipo medio. Aquí viene el momento oportuno de señalar la psicología especial del niño. En muchas de nuestras escuelas existe la coeducación; de desear es que se establezca en todas, y entonces el problema se hará más complicado. Las niñas son más despiertas que los niños, a una misma edad. Ser más despiertas no es ser más inteligentes; no es la cuestión ver más, sino ver mejor. Es esto un punto que no debe cegar al maestro, para dejar reza-

gados algunos niños menos adelantados, sólo al parecer. En cada grado no debieran juntarse niños de más de 2 años de diferencia; el tener en una clase niños de 8 y niños de 11 es desconcertador, y el uno o el otro estorban. Debemos inclinarnos a que estorba el de 11, y a que ese niño debe pasar de grado con los de 10 a 12, donde, por poco que haga, hará labor más eficaz.

Cada niño nos ofrece un temperamento. Un niño de una gran perfección manual suele ser un niño calmoso y tardo para discurrir; otro desarreglado y aun desordenado en sus trabajos es rápido en entender cuanto se le dice. Los dos están en distintas condiciones; pero estas condiciones deben ser igualmente consideradas por el maestro que los juzga. A un niño pundonoroso no se necesita animarlo en su trabajo. A otro niño, tan inteligente como el primero, pero poco ambicioso de notoriedad, condición más propia de los niños que de las niñas, hay que estimularlo siempre, si se quiere que haga una buena labor.

Generalmente, el maestro se plantea el problema de pasar a los alumnos de grado al final o al comienzo del curso, y es problema que debe estar latente en clase todos los días. Todos los días debe pensar el maestro que la corrección de un defecto o el aliento infundido a un niño le llevan a ganar un grado más, que de perderlo es pérdida de toda la vida; y cuando, sumadas estas observaciones de todo un curso, el maestro entre en la duda de pasar a un niño o dejarlo retrasado, que opte indudablemente por pasarlo.

Dos razones fundamentales hay para ello. La primera, el haberse comprobado que la mayoría de los niños llegan con el maestro hasta donde éste quiere, y, por tanto, un pequeño esfuerzo más lo hace sin dificultad. La segunda la tenemos clara en todos los aspectos de la vida. Animando a las gentes a hacer, se consigue más que poniéndoles de manifiesto su ineptitud. Yo he conseguido en la escuela, de muchos alumnos, que hiciesen buena letra diciéndoles constantemente que lo hacían cada día mejor, aunque ello no pareciera muy claro; pero el maestro logra sugestionar al niño, y despierta en él con-

diciones dormidas, si lo anima constantemente.

Salvo excepciones marcadísimas, los niños deben cambiar de grado todos los años. La clase en masa debe avanzar, y casi me atrevería a decir que aun con esas excepciones, porque éstas, puesto que no tienen solución por vías normales, nada resuelve dejarlas atrás. Más acertado sería relegar a esos niños en la edad de 12 años, que es cuando realmente serán un estorbo en la clase y un inconveniente para el maestro de que nada pueden lograr en la escuela. Es preferible probar a ver si un niño cumple en el grado inmediato superior, que estacionarlo por temor a que no cumpla.

Quizá fuese más conveniente que lo que se viene haciendo, cambiar un poco el procedimiento. A principios de curso, deberían pasar las clases al grado inmediato superior, donde permanecerían los niños el primer trimestre del curso. Pasado este primer trimestre, podría volverse atrás a aquellos que, a pesar de los esfuerzos del maestro, no fuesen capaces de continuar en la clase. De este modo, el número de retrasados sería mucho menor del que es actualmente, y no se daría, de seguro, el caso, desconsolador para el maestro, de ver a un niño estancado tres y aun cuatro cursos en un mismo grado, con un perjuicio moral grande; porque ese niño se hace holgazán y se desinteresa de aprender. Cree que es una gracia su estancamiento, y se convierte en apatía lo que debiera ser estímulo. Para niños de poco espíritu, dejarlos atrás es hacerles más medrosos y apocados. La obra de la escuela es obra también de humanidad y de aliento. Nueve meses de convivencia con los mismos niños es tiempo suficiente para que sepamos templar su alma y les hagamos llegar hasta donde deben, dejando a un lado pequeños prejuicios de carácter y poniendo sólo la vista en que tenemos el sagrado deber de hacer caminar a ese niño a la marcha prudential que le corresponde.

(Continuará.)

MÉTODO GLOBAL DE LECTURA

SUS FUNDAMENTOS PSICOLÓGICOS (1)

por M. Roberto Dottrens y Emilia Margairaz.

Del Instituto J J Rousseau, de Ginebra.

La función de globalización: el sincretismo.

Los psicólogos han llamado la atención de los educadores sobre la diferencia de naturaleza que existe entre el espíritu del niño y el del adulto. En el niño predomina lo que Claparède (2) y Piaget (3) han llamado el sincretismo, lo que Decroly (4) llama la función de globalización y que Revault d'Allonnes ha caracterizado con el término de esquematización.

En su *Psicología del niño y pedagogía experimental*, Claparède dice lo siguiente:

“La percepción, como toda nuestra actividad mental, se halla dirigida por nuestro interés; percibimos las cosas de la manera como más nos importa percibirlas en ese momento. Al contemplar un árbol, lo veremos de manera muy diferente si lo miramos como simple paseante o como botánico; en el primer caso, nuestra visión será global; en el segundo será analítica. La percepción sólo es analítica cuando tenemos interés en analizar. Ahora bien, es evidente que, al principio, el niño sólo tiene interés por el objeto en conjunto, considerado como una masa coloreada más o menos extensa, más o menos abigarrada o extravagante, que requiere para ser palpada o considerada tales o cuales movimientos de los brazos o de la cabeza. Los detalles le dejan indiferente, como nos dejan indiferentes los detalles de una locomotora de la que tenemos que apartarnos para no ser arrollados.

Este hecho de la “visión del conjunto”,

(1) Del libro de dichos autores *L'apprentissage de la lecture par la méthode globale*, cuya edición castellana prepara “La Lectura”, Espasa-Calpe, Madrid-Barcelona.

(2) *Psicología del niño y Pedagogía experimental*. Traducción de Domingo Barnés.—Madrid. Beltrán.

(3) *El lenguaje y el pensamiento en el niño*. Traducción de Domingo Barnés.—Madrid. Ediciones de “La Lectura”.

(4) *Revista de Pedagogía*. Madrid, diciembre 1923.

de la percepción de la fisonomía general de las cosas, es tan marcado en los niños, que merece un nombre especial. He propuesto aplicarle el de *sincretismo*, con el cual Renán designa esa "primera vista general, comprensiva, pero oscura, inexacta", en la que "todo se amontona sin distinción", que es la del hombre primitivo (1). Observemos, de paso, que esa percepción sincrética y *confusa* no tiene nada de común con la percepción de lo *complejo*. Hemos dicho que el espíritu procede de lo simple a lo complejo. El hecho de que el niño perciba el todo antes de percibir las partes no destruye esta afirmación. En efecto, como para él el todo no es una reunión de partes, sino un bloque, una unidad, ir de lo simple a lo complejo es volver a pasar del todo a la parte. Esta observación es importante desde el punto de vista educativo; lo que es simple para nosotros, no es, *ipso facto*, simple para el niño; evitemos juzgar la percepción del niño con nuestra propia medida de adulto y hacerle ir de lo complejo a lo simple, tratando las materias en un orden que para nosotros (que hemos efectuado el trabajo de análisis) procede de lo simple a lo complejo.

Este contrasentido es el que se comete en la enseñanza de la lectura; sin duda alguna, para una persona que ha comprendido el mecanismo del lenguaje escrito, la letra es más sencilla que la sílaba, y la sílaba, más sencilla que la palabra. Pero no ocurre lo mismo con el niño que ve por vez primera un texto escrito. Para el niño, la palabra, y aun la frase, constituyen un dibujo cuya fisonomía general lo atrae mucho más que el dibujo de las letras aisladas, a las que no distingue en su conjunto; por eso existe con frecuencia ventaja en enseñar a leer a los niños comenzando por las palabras, en vez de comenzar por las letras aisladas" (2).

El doctor Decroly, siguiendo a Revault d'Allonnes, se expresa, en sustancia, como sigue (3):

(1) Renan, *L'avenir de la science*, pág. 301.

(2) *Claparède*. Obra citada, pág. 552 y siguientes.

(3) Lo esencial de sus opiniones se encontrará en: 1) la *Revista de Pedagogía*, Madrid, diciembre 1923; 2) el *Bulletin de la Société Française de Pédagogie*, junio 1925; 3) la *Revue de l'Enseignement Primaire et Primaire Supérieur*, 1927-1928.

1.º Cuando volvemos a ver a una persona, sucede a menudo que la reconocemos, aunque no la hayamos visto sino una sola vez; ahora bien, las más de las veces nos es imposible precisar qué signo particular se ha fijado en nuestro recuerdo. Por lo general, cuando la vimos por vez primera, no tuvimos ninguna intención consciente de analizar los caracteres de la fisonomía o de retener tal o cual rasgo de preferencia a otro.

El mismo fenómeno ocurre en muchos otros casos; citemos, al azar de la reflexión, el recuerdo de una calle, de una casa, de una habitación, de un mueble, de un árbol que no hemos visto sino una vez o muy pocas veces o durante un tiempo muy breve. Se manifiesta también cuando el reconocimiento de seres o de objetos, aislados o agrupados, se efectúa a través de la neblina, de un vidrio empañado o en la penumbra.

2.º Cuando vemos un cuadro, una imagen, un dibujo, podemos desde el primer momento, de un vistazo, sin detener voluntariamente la atención en detalle alguno, decir no sólo que se trata de un caballo, una flor, una iglesia, un puerto, sino también interpretar los fenómenos que representan la imagen o el dibujo: incendio, inundación, escena de salvamento, catástrofe ferroviaria, episodio de guerra, niño ahogado, madre presa de aflicción, multitud en fuga.

3.º En una tercera categoría de observaciones nos encontramos con fenómenos análogos, pero más abstractos. Así, cuando leemos un texto mal escrito o a luz insuficiente, conseguimos descifrarlo, aunque no podamos reconocer todas sus partes o no hayamos tenido tiempo de leerlas todas.

Explican este fenómeno los experimentos taquistoscópicos, que han demostrado que reconocemos palabras y frases enteras por ciertos elementos de esas palabras y de esas frases.

En este orden de ideas, un experimento fácil de realizar, y que conduce a análogo resultado, consiste en cubrir la parte superior de una línea de texto impreso y tratar de descifrarla así, tomando al principio cada palabra aisladamente y luego la línea entera. Se comprueba fácilmente cómo la fisonomía aun incompleta, pero simultánea de toda una palabra, y sobre todo de toda una frase, es

más útil para su reconocimiento rápido que la vista de cada elemento aislado.

Otro experimento, también fácil de realizar, consiste en escribir palabras en las que se ha suprimido algunas letras. Es ésta una de las formas del *test* analizado de Ebbinghaus para prueba de la inteligencia.

4.º En otro dominio más abstracto se encuentran fenómenos del mismo género: la lectura de los mapas o de las siluetas de países, en escalas muy reducidas, nos permite, al primer vistazo, reconocer los países que representan. Hacerse una idea de un libro examinando el índice u hojeándolo es también un hecho que en cierto modo entra en la misma categoría. Los casos que acabamos de examinar son muy característicos y todos tienen de común su relación con la actividad visual. En verdad, esos fenómenos son más evidentes y más numerosos en el dominio de la visión, y particularmente de la percepción visual.

Pero se los encuentra también en la actividad mental, en relación con las otras categorías de percepciones, y sobre todo con las percepciones auditivas, cutáneas y motrices.

En cuanto al nombre, para designar ese aspecto especial de nuestra actividad mental, proponemos el de "globalización", como más general que facultad sincrética o que esquematismo: el primero conviene, sobre todo, para designarlo en la etapa perceptiva; el otro implica un análisis previo y supone una síntesis consciente. Pero el término "globalización" no ha de permanecer indefinidamente en el mismo punto, sino que, por ajustes sucesivos, podrá acercarse cada vez más a un esquema, a una síntesis, fruto de un análisis en varios tiempos, pero en el que dominen cada vez la necesidad y el interés."

El profesor Jean Piaget, cuyos notables estudios sobre el pensamiento del niño han llevado nuevos y fecundos puntos de vista a la psicología infantil, caracteriza como sigue lo que, de acuerdo con Claparède, ha llamado el sincretismo (1):

"Los autores que se han dedicado a investigaciones sobre la percepción, y en particular la lectura taquistoscópica, así como

la percepción de las formas, han llegado a admitir que reconocemos y percibimos los objetos, no después de haberlos analizado y percibido en el detalle, sino gracias a "formas de conjunto", que son construídas por nosotros tanto como dadas por los elementos de los objetos percibidos y que se puede llamar el "esquema" o la *Gestaltqualitaet* de esos objetos. Por ejemplo, una palabra pasa en el taquistoscopio demasiado rápidamente para que sus letras sean distinguidas una por una. Pero se perciben una o dos de esas letras y las dimensiones generales de la palabra, y esto basta para permitir la lectura correcta: cada palabra tiene, pues, su "esquema".

Claparède, en una nota sobre las percepciones de los niños, ha demostrado que esos esquemas son mucho más importantes en los niños que en nosotros, puesto que preceden en mucho a la percepción del detalle. Por ejemplo, un niño de cuatro años que no sabía leer la música ni el alfabeto llegó a reconocer por sus títulos y por simple inspección de las páginas las canciones de una colección, a días y meses de distancia. Cada página tenía, pues, para él un esquema de conjunto, mientras que para nosotros, que percibimos analíticamente las palabras y aun las letras, todas las páginas de un libro se parecen. Las percepciones de los niños no proceden solamente por esquemas de conjunto, pero esos esquemas suplantán la percepción del detalle. Corresponden, pues, a una percepción confusa, diferente y anterior a lo que es en nosotros la percepción de lo complejo o de las formas.

La percepción sincrética excluye, pues, el análisis, pero difiere, por otra parte, de nuestros esquemas de conjunto en cuanto es más rica y más confusa que ellos. Gracias a la existencia de ese fenómeno del sincretismo de la percepción, Decroly ha logrado enseñar a leer a los niños por el método "global", es decir, enseñándoles a reconocer las palabras antes que las letras, procediendo, pues, según la marcha natural, del sincretismo al análisis y a la síntesis combinados, y no del análisis a la síntesis.

Para representarnos de seguida lo que es ese sincretismo de la comprensión en el niño, basta pensar en la manera como las inteli-

(1) Piaget. *El lenguaje y el pensamiento en el niño*, pág. 143 y siguientes.

gencias intuitivas traducen de un idioma extranjero que poseen o comprenden mal oraciones difíciles en su propio idioma. Llegan a comprender el conjunto de una frase en otro idioma o el conjunto de una página de filosofía, por ejemplo, sin comprender todas las palabras ni todo el detalle de las demostraciones. Se ha construido un esquema de conjunto, relativamente justo (como lo demuestra la comprensión completa obtenida en la continuidad), pero que reposa sólo sobre algunos puntos que se han vinculado espontáneamente. Ese esquema de conjunto precede, en tales casos, a la comprensión analítica.

Ahora bien: este es el procedimiento que emplea el niño. Deja pasar, en una frase dada, todas las palabras difíciles, y luego relaciona las palabras comprendidas, hasta formar con ellas un esquema de conjunto, el cual permite después interpretar las palabras no comprendidas. Naturalmente, ese procedimiento sincrético puede dar lugar a errores enormes, pero creemos que es el procedimiento más económico y el que conduce al niño a la comprensión exacta, en el curso, se sobrentiende, de una serie de aproximaciones y de selecciones sucesivas."

El doctor Demoor y T. Jonckheere, en su obra *La ciencia de la educación*, insiste también sobre la importancia del fenómeno de que hablamos, al estudiar el orden de aparición de las imágenes y de las ideas visuales (1).

"Llamemos la atención sobre las fases de la evolución de la palabra. La madre no enseña sucesivamente a su hijito el sonido, la palabra y la frase. Le habla en una lengua más o menos normal, y así le hace comprender la frase antes que la palabra y la palabra antes que la letra. Muy objetiva, muestra siempre los objetos y los actos y sitúa concretamente las ideas al mismo tiempo que las formula. Obsérvesela cuando trata de hacer conocer al niño las partes de su cuerpo. Tocándolas, dice: ¿Dónde está la naricita del nene? ¿Dónde están los ojitos, la boca del nene? Muéstrame la nariz, la boca, etc., y, al decirlo, lleva la manita del niño a la nariz, la boca, etc.

Medítese sobre este método de la madre, educadora de instinto, y se comprenderá que las frases preceden en el centro del oído a sus componentes: las palabras y las letras. Escúchese al niño que aprende a hablar. Dice, ante todo, "papá", "mamá": palabras, pues. Obsérvese que esas palabras enunciadas son precedidas y seguidas de modulaciones que expresan, imperfectamente para nosotros, pero exactamente para él, las múltiples ideas contenidas en la frase "papá bueno", que representa su primer pensamiento. El niño tiene la idea de "papá bueno" antes de poseer la de "bueno" y la de "papá"; por lo demás, el niño asimila mejor y retiene más fácilmente las frases que las palabras. Se caracteriza por el sincretismo verbal, así como sus percepciones visuales son sincréticas también.

Sígase observando a la educadora de instinto cuando comienza la enseñanza del método gráfico. Toda madre ha mostrado a su hijo imágenes antes de presentarle escritos. Y antes de haber escrito una letra, siempre, por mínimas que sean sus disposiciones para el dibujo, ha trazado croquis. ¿Cuáles? No simples dibujos: punto, línea, cuadrado, etc., sino dibujos completos, composiciones...

Todo educador ha observado que el niño cesa habitualmente de hablar y de dibujar en los primeros días de escuela. A menudo también, se vuelve pasivo; su espíritu de observación, su iniciativa y su personalidad parecen perderse. Todas estas particularidades, que, en realidad, no representan más que una sola, derivan de un grave error pedagógico. Admitimos demasiado que la escuela debe fijar en la memoria las ideas de los demás y olvidamos que esas ideas no son útiles sino cuando son asimiladas y expresadas exactamente por el lenguaje. El error, en otro tiempo general, comienza a disiparse ahora. Es significativo, a este respecto, el estudio de los métodos de enseñanza de la lectura y la escritura."

En el estudio de J. E. Seghers, *La percepción visual y la función de globalización en los niños* (1), se encuentra el detalle de una serie de experimentos que confirman los que

de la educación, pág. 177 y siguiente.—Madrid. Ediciones de "La Lectura".

(1) Lamertin. Bruxelles, 1926.

(1) J. Demoor y T. Jonckheere. *La ciencia*

el doctor Decroly expuso en los *Archives de Psychologie*, y las opiniones de diversos autores reproducidas más arriba.

El capítulo V, titulado "La percepción global", reseña las investigaciones experimentales efectuadas recientemente en los laboratorios y en las escuelas, sobre ese fenómeno mental tan interesante desde el punto de vista pedagógico.

El autor añade sus propios experimentos a los de los investigadores que le precedieron, y llega a la conclusión de que "La percepción infantil es global y está dominada por los intereses del momento".

Hemos querido exponer con abundante detalle la opinión de los psicólogos, fundada en sus investigaciones experimentales. Por nuestra parte, llegamos a esta conclusión: considerada desde el punto de vista pedagógico, la función de globalización—que es un fenómeno mental real, experimentalmente establecido, y no una mera teoría—puede ser considerada en el niño como una verdadera aptitud, a cuya existencia y a cuyo valor debe el educador subordinar sus medios de enseñanza y su método.

Por ese proceso mental característico, el niño adquiere el conocimiento de su medio y se adapta a las diversas condiciones de la vida. Como lo dice Decroly (1) y como lo demuestra Piaget, la actividad globalizadora forma puente entre la actividad instintiva y la actividad inteligente superior. Funciona espontáneamente en el niño, y permite la adquisición natural y fácil del lenguaje y de las técnicas de orden escolar, especialmente la lectura y la escritura.

En lo que concierne a la enseñanza de la lectura, el método global o ideo-visual es el que corresponde al proceso mental que se acaba de caracterizar.

(Concluirá.)

(1) *Revue de l'Enseignement Primaire et Primaire Supérieur*, 1927-1928.

ENCICLOPEDIA

EL PROBLEMA DEL LIBRE ALBEDRÍO⁽¹⁾

por el Prof. D. Martín Navarro.

Del Instituto Escuela de Madrid.

(Continuación.)

Incondicionalmente fiel al principio fundamental de que la razón no puede marchar más que por el camino de lo mismo a lo mismo, la lógica tradicional ha desconocido sistemáticamente el elemento vivo, constructivo y, en ciertos respectos, creador del razonamiento. Se ha empeñado en desconocer que los conceptos crecen, se enriquecen y se diversifican, como el árbol respecto de su semilla, o como nosotros mismos, nuestra persona, desde que vinimos al mundo. Porque si en algún respecto puede decirse que el árbol es idéntico a su semilla, es en muchos más, y más esencialmente todavía, diferente de ella. No hay para qué demostrar aquí, pues basta con enunciarlo, en cuántas cosas verdaderamente esenciales nos diferenciamos todos del germen de donde procedemos.

Y, sin embargo, no obstante esas profundas y constitutivas diferencias, estamos plenamente convencidos de la identidad de la semilla con el árbol que de ella ha nacido, como de la de nuestra personalidad de este momento con nuestra modalidad originaria.

Un lógico intransigente podrá decirnos que la identidad en estos dos casos ha de buscarse en lo mismo e invariable, que permanece fijo en medio del cambio incesante de esos seres vivos; pero nosotros sabemos con entera evidencia que ni el árbol de ahora tiene nada de su semilla, ni nosotros conservamos ni siquiera el recuerdo de lo que fuimos en los primeros momentos de nuestra existencia. Que todo absolutamente ha cambiado en esos seres: la materia y sus propiedades, el modo de la vida y sus funciones, la naturaleza de su existencia y sus fines, y, no obstante, su entidad, se nos ofrecen con en-

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

tera evidencia, completamente invariables, a pesar de sus cambios.

Y algo parecido, si no igual, ocurre con los conceptos. Desde la primera sensación inefable que tuvimos del tiempo y del espacio, verbigracia, hasta nuestra representación abstracta y filosófica de ahora, puede decirse que no ha habido entre ellas una solución de continuidad, y en esto tal vez consista su identidad; pero, ¡cuánta violencia tendríamos necesidad de hacer a nuestro entendimiento para que desconociera todas sus esenciales diferencias! Bien clara cuenta se daba de ellas San Agustín cuando declaraba que de nada estaba tan seguro como de su conocimiento de lo que era el "tiempo", y nada le parecía tan difícil como definirlo.

No es, ciertamente, el concepto último y supremo de una cosa la expresión escueta de una o de varias de sus notas esenciales originarias, como no es la demostración de un teorema de matemáticas la pura repetición del postulado o del axioma en que se funda, sino la conquista efectiva y real de una nueva verdad que antes no existía, y la creación mediante la lógica, de un enlace racional entre diversas proposiciones. Es decir, en el lenguaje de Kant, que venimos a afirmar que todo conocimiento es el resultado de un verdadero "juicio sintético", en cuanto implica la adquisición de una nueva verdad, o, por lo menos, es el enriquecimiento y ampliación de la que le sirve de fundamento.

Esta es la causa por la cual nuestro conocimiento de Sócrates, Goethe, etc., no encierra única y exclusivamente las notas esenciales y siempre las mismas de lo que es en su origen y universalmente el "hombre", sino que, por lo contrario, al conocimiento que formamos de esas dos grandes individualidades se debe precisamente una amplitud y un enriquecimiento positivo del concepto que antes de formarlo teníamos del "ser humano".

La tarea fundamental de la lógica, en su consecuencia, no estriba, por tanto, en la distinción y comprobación de lo *mismo* que existe en los conceptos, no obstante su apariencia diversa, sino en la demostración de que las cosas a que se refieren los conceptos

siguen siendo lo que son, no obstante sus reales y profundas variaciones. Porque la intuición del enlace de la relación lógica entre los conceptos la ha ido adquiriendo la especie humana conforme ha aparecido en la mente del hombre el convencimiento y la evidencia de que hay una identidad de las cosas a que se refieren los conceptos, en medio de las diferencias de su crecimiento o de su evolución, y no sucedido al revés, como suele creerse, que cuando la razón ha llegado a demostrar la existencia de una o varias notas permanentes e invariables en los conceptos, se ha llegado a la identificación de las cosas.

Buena prueba de esto la tenemos en la enorme y a veces insuperable dificultad con que tropezamos cuando queremos definir lo que haya de común en las cosas que han sufrido grandes cambios en el proceso de su evolución, como, por ejemplo, el "hombre", la "virtud", el "bien", la "moral", la "naturaleza", etc., y qué fácil nos es, sin embargo, distinguirlas de todas las demás, y comprenderlas en su actual realidad. Y así, por ejemplo, cuando pensamos ahora en lo que pueda ser la "virtud", no tenemos para nada en cuenta ni la "fuerza física" ni la "virilidad", de donde, sin duda, se ha derivado su concepto, pues en su actual realidad no conserva con esos conceptos ninguna analogía; y cuando decimos "hombre", no pensamos, ciertamente en que sea el "bípedo implume", de la escuela de Platón, es decir, el ser vivo que se distingue de los restantes de la naturaleza por una o varias cualidades fisiológicas características, por las que, sin duda, se distinguió en un principio, sino en otros y muy diferentes atributos que ahora posee.

Van encaminadas todas estas consideraciones a demostrar que los conceptos que maneja la lógica no son representaciones absolutas y eternamente invariables, al modo de las ideas arquetipos de Platón, ni la razón humana es una facultad o potencia del espíritu, que no haya sufrido cambio ni variación alguna desde su aparición, sino que, por lo contrario, se la puede ver evolucionar y transformarse en la mente del niño, se pueden observar sus avances y sus retrocesos en la conciencia del adulto y, sobre todo, se ha po-

dido ya comprobar, hasta cierto punto, su aparición y su lento desenvolvimiento en el alma de los pueblos salvajes.

Es, por tanto, la facultad racional, como antes se ha dicho, una conquista y una adquisición de los seres humanos; no un don ni un atributo invariable de su naturaleza. No ha sucedido, por tanto, que un determinado ser vivo entre los restantes de nuestro planeta, se convirtió en hombre al concedérsele, por gracia o por donación divina, la cualidad de racional, sino que ese ser, que somos todos nosotros, pudo hacerse hombre al forjarse esta capacidad incomparable y suprema para el conocimiento y para la conducta, que denominamos la razón.

Y lo que ha sucedido con la facultad racional ha ocurrido también con las restantes potencias del espíritu, y por consiguiente, con la que denominamos el sentimiento y la voluntad. Que no son, ciertamente, facultades formadas de una sola vez y para siempre inmutables en nuestra conciencia, sino actividades y potencias que cada cual va disciplinando, ordenando y hasta acrecentando, y que han tenido un proceso secular de formación, que todavía continúa.

La especie humana ha creado la razón, ésta es la consecuencia, y se ha formado su voluntad, ha conquistado su capacidad de sentir y ha forjado sus sentimientos distintivos y característicos de benevolencia, de humanidad, del deber, etc., y así como en ellos tiene un campo y una esfera ilimitada, pues su número y su amplitud son inagotables, en las resoluciones que adoptemos y en la conducta que nos proponemos seguir, es decir, en el poder y en la dirección de la voluntad, tenemos también en nuestro poder todas las posibilidades y todos los desarrollos.

Brevemente dicho: si nos representamos el espíritu humano como una actividad que acrecienta su potencia ejercitando su acción, al modo como aumentamos el calor de un cuerpo frotando un pedazo con otro, y mejor todavía, análogamente a como en la ascensión a una montaña, en cada momento de la marcha logramos una visión más amplia del paisaje, y dejamos de concebirlo,

como suele hacerse, como una máquina que no utiliza ni adquiere más fuerza que las que se le comunican, podremos explicarnos la aparente contradicción, que tanto ha repugnado a la física tradicional, de la existencia de un efecto o de un resultado que no es enteramente equivalente a la causa que lo determina.

De modo análogo a como el artista crea verdaderamente su obra, aunque esté condicionada por una multiplicidad de factores, o como el matemático avanza en la resolución de su problema, en vista de los datos que se le ofrecen y de las relaciones que descubre en ellos, así, nuestras resoluciones de cada momento están motivadas por todas las condiciones de nuestro carácter, de nuestros hábitos, de nuestros ideales, pero no como la resultante mecánica y ciega de las fuerzas que la condicionan, sino como una determinación que adoptamos en vista de todos los antecedentes de nuestra situación.

Los motivos nos conducen y nos impulsan a las resoluciones últimas y definitivas de la voluntad (aunque no se les pueda equiparar, y todavía menos considerarlos en la relación mecánica de causa y efecto), como en la física, la condición y el estado primero de la materia en la nebulosa originaria de nuestro planeta, fué lo que, sin duda, ha determinado los fenómenos químicos y biológicos actuales, y no por ello nadie puede considerarlos ni como iguales, ni como equivalentes; o también, como siendo la mentalidad simple y bestial del hombre primitivo la que evidentemente ha originado el alma moderna, no obstante, reconocemos todos el absurdo de juzgarlas como idénticas.

La lógica deberá decirnos, en cada momento, la verdadera y efectiva relación del enlace de lo anterior con lo que le sigue, del antecedente con su consecuencia, y en nuestro caso, mostrarnos la conexión que exista entre los motivos que tengamos y la resolución correspondiente que adoptemos en vista de ellos; pero esto no puede significar que la una sea idéntica a los otros, ni, mucho menos, que la resolución haya de ser siempre fatal y mecánicamente engendrada por los motivos.

En esta radical diferencia entre el reconocimiento de lo que podemos llamar la condición obligada de la presencia del antecedente respecto de la consecuencia, de la afirmación tradicionalmente admitida, de que la causa engendra necesariamente un mismo efecto, por no ser éste, en último extremo, más que la transformación de aquéllas, estriba la función esencial que hayamos de atribuir a la razón en el mundo, y el reconocimiento o la negación de la libertad de la voluntad humana. Si la decisión voluntaria está predeterminada por sus motivos, porque son en lo esencial, aunque en otra forma, ellos mismos, y si en el razonamiento no se alumbra una verdad nueva en la conciencia, porque la conclusión es idéntica siempre a las premisas, es absurdo considerar la voluntad y la razón como potencias sustantivas o factores positivos de la realidad anímica, y no, a lo sumo, como meros acompañantes, como puros testigos de la inmutable identidad entre lo que antecede con lo que sigue en la conciencia; a no ser que nos reconozcamos ingénitamente incapaces, como ya sostuvo Hume, para saber más ni otra cosa en la sucesión constante de dos fenómenos en el mundo, que uno de ellos se nos ofrece siempre como anterior, respecto del que le sigue.

La causa del error que examinamos está en que frecuentemente suele confundirse la analogía de las resoluciones habituales de la voluntad y las conclusiones constantes del razonamiento a que uniformemente llegamos, porque la economía del esfuerzo, la conveniencia, la utilidad, etc., nos impulsan a no cambiarlas cuando las condiciones de la conducta son iguales o semejantes, o cuando la propia razón nos obliga a reconocer la legitimidad de unas determinadas conclusiones, porque habiendo comprobado su verdad en un caso determinado, resolvemos de una vez para todas, que si las premisas son las mismas, el resultado final del razonamiento no podrá variar, y confundimos todo ello, insistimos en la idea, con la existencia de una ley eterna que impone una absoluta repetición, una identidad en las resoluciones de la voluntad y en las conclusiones del raciocinio.

Y no es lo mismo seguir las huellas de

nuestros propios pasos para avanzar en el camino que recorreremos incesantemente, que tenerlo ya trazado para *in eterno* de una manera necesaria.

La razón, como la voluntad reflexiva, como todas las potencias del espíritu, obedeciendo a la ley universal de hacer siempre el esfuerzo mínimo, pueden repetir indefinidamente los procesos antes efectuados, cuando las circunstancias iguales o parecidas los hacen más fáciles, y entonces pueden tener la apariencia de entidades fijas e invariables sometidas a un extraño principio oculto, dejando en lo profundo de ellas mismas el esfuerzo de renovación, y más propiamente dicho de "creación condicionada", que yace en cuanto existe, y de modo más patente y manifiesto en la actividad de nuestro espíritu.

Es evidente, sin duda, el hecho de que a través de la evolución de la mente humana, tanto en la individual como en la de la especie, se ha ido adquiriendo el reconocimiento de muchas verdades y de ciertas inclinaciones que han de parecernos después, por su repetición incesante, consustanciales con la función racional misma, o con la raíz generadora de nuestra voluntad; y así nos encontramos, por ejemplo, con el axioma, que a nosotros nos parece tener el grado máximo de la evidencia, de que "una cosa no puede estar al mismo tiempo en dos sitios diferentes", cuando al salvaje y al niño les parece, por lo contrario, un hecho corriente y normal en el mundo; o con que en nuestro grado de civilización, nos parezca incomprensible el canibalismo, siendo tan natural todavía para muchos salvajes; pero no es menos evidente también, que no están cerrados para siempre otros horizontes y posibilidades para el espíritu humano porque existan para en adelante, si se quiere, las leyes ya establecidas para el pensamiento y la voluntad.

Por lo contrario, así como Espinosa estableció su profunda distinción entre la *natura naturata*, o naturaleza permanente y estable, y la *natura naturans*, o naturaleza que podríamos denominar creadora; y al modo como, ahora, Bergson nos habla del *élan*, o impulso renovador de lo existente, debemos reconocer claramente en nuestra mente, y concretamente para nuestro problema, en la

voluntad, el poder de una renovación y creación incesantes, que hace imposible la previsión absoluta y completa de sus determinaciones; y en este fluir constante de nuevos propósitos y determinaciones de la voluntad, en esa inagotable posibilidad de resolver de modo único y original los problemas incesantemente diversos que van surgiendo ante la razón, en armonía y adecuadamente a la totalidad especialísima de las circunstancias en que cada vez se presentan, es en donde hemos de buscar la raíz y el asiento de la "libertad" de nuestros actos y de nuestro pensamiento. Porque, aunque sea verdad que la razón, la voluntad y el sentimiento, como todas las fuerzas del espíritu y de la naturaleza, se consolidan y se estabilizan, por decirlo así, con el proceso repetido de su actuación, al modo como el agua va ahondando cada vez más con su propio paso el lecho por donde corre, del cual es posible que ya nunca salga, es no menos cierto que en los comienzos de la acción tuvo y tiene siempre abiertas todas las posibilidades y todas las direcciones. Como decía Aristóteles, aunque la piedra que arrojemos haya de seguir después la trayectoria que le imprima nuestro esfuerzo, nada nos obliga a soltarla de la mano.

Esta es, sin duda, la causa por la que nos sentimos efectivamente libres cuando, ante la decisión que vayamos a adoptar, conseguimos acallar, aniquilar o deshacer todos los impulsos y resortes que anteriormente nos hayan movido a nuestras determinaciones anteriores, presentándonos entonces como originariamente nuevas, y en lo propiamente suyo, diversas de todas las que antes hayamos realizado. Hay, sin duda, una profunda analogía entre la creación artística, el descubrimiento de una verdad desconocida y la resolución de una voluntad efectivamente libre, porque en todos esos actos se realiza una adquisición, una conquista de algo que, aunque estuviese condicionado por un número indefinido de sus antecedentes, no estaba contenido totalmente en ellos.

Creación y libertad son, por tanto, con las limitaciones que antes se han señalado, enteramente iguales. Y así como únicamente el genio es el que, en la ciencia o en el arte,

se liberta de todos los prejuicios que le impiden alcanzar la verdad nueva, o la realización de una belleza más perfecta, el santo o el héroe son los que se lanzan libres de toda preocupación y de toda valoración previa, por el nuevo sendero que conduce a una acción más elevada o más noble. Por eso, a nosotros mismos, cuando tomamos una decisión original, sin el precedente del hábito, del reconocimiento de su utilidad, en suma, sin ninguna de las ventajas que tiene la repetición, nos parece que nos resolvemos a ejecutarla, como dando un salto sobre los límites de la experiencia, para entrar en la región de lo imprevisto y de lo desconocido. Es entonces cuando nos sobrecoge la emoción del azar y de la aventura que acompaña a toda auténtica creación, porque es en realidad una "creación" nuestra la resolución que entonces adoptamos.

¿Quiere significar todo ello que sólo ante lo enteramente nuevo y originalmente diverso de su pensamiento o de su conducta puede considerarse únicamente el hombre como libre y digno de ser racional, siendo una especie de abyección, como dice Dostoiewski, la invencible inclinación de repetir incesantemente "que dos y dos hayan de ser siempre cuatro"? ¿O habrá de decirse, por ello, que las resoluciones verdaderamente creadas por la voluntad, o que las conclusiones a que la razón llega, no tienen motivo, causa ni ley? Ni lo uno ni lo otro es admisible, a nuestro entender.

La repetición de una acción cuando las circunstancias son las mismas, como el dar igual resolución a un problema cuando sean idénticos los datos que se ofrezcan, no significa esclavitud ni servidumbre, si realmente se está libre de la rutina de un hábito o de la imposición de un prejuicio. Puede ser tan original y nueva la decisión repetida, no importa qué número de veces, como lo fué la primera, si nos enfrentamos con ella con el alma renovadora que tuvimos en los comienzos; como lo es la solución que efectivamente busquemos en el momento presente a un problema, aunque haya sido resuelto por otros, o por nosotros mismos; como lo es, en fin, el amor que ahora profesemos a la persona querida, o el entusiasmo que tengamos

por nuestra vocación, aunque ese amor y ese entusiasmo hayan sido los fines constantes de nuestra vida.

(Concluirá.)

ESTUDIO DE LA REGIÓN VOLCÁNICA CENTRAL DE ESPAÑA (1)

por D. Francisco Hernández-Pacheco.
Profesor auxiliar de la Facultad de Ciencias.

La región española en la cual se halla asentado el campo volcánico que se describe en el trabajo citado, puede decirse que forma la zona central de la provincia de Ciudad Real, estando, por lo tanto, en el centro geográfico de Castilla la Nueva.

Limitan a dicha región volcánica, al Norte, los Montes de Toledo; al Sur, la Sierra Morena; al Este, el extenso y llano territorio de La Mancha, y por el Oeste, el quebrado país donde se inician las serranías paleozoicas de Almadén y de la Puebla de Don Rodrigo.

Dentro del territorio pueden distinguirse varias regiones, pues mide 80 kilómetros de Norte a Sur por 65 de Este a Oeste, es decir, unos 6.000 kilómetros cuadrados. Las regiones naturales son las siguientes: el valle muerto del Bullaque y las zonas Norte del Campo de Calatrava, al Norte; el resto del Campo de Calatrava y las rañas del Oeste, en el centro, y al Sur, la cuenca del Ojailen, con su cuenca carbonífera, y el valle de Alcudia. Cada una de dichas regiones tiene su característica especial, dominando el Noroeste la llanura y los terrenos llanos y arcillo-calizos, y al Sur y Suroeste, las zonas quebradas paleozoicas, constituidas por pizarras y cuarcitas; en el centro de la región, la más intensamente afectada por el volcanismo, pudiera decirse que está el territorio o zona de tránsito entre una y otra características extremas.

Es interesante igualmente en la región el

(1) Memorias de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. 136 págs., XLIX láminas, numerosos gráficos y esquemas, 18 mapas y cortes geológicos fuera de texto.—Madrid, 1932.—Análisis del Autor.

aspecto y característica de la vegetación, la cual pudiera decirse que es casi completamente natural en las zonas del Sur y Suroeste, donde dominan los grandes matorrales o jarales, las dehesas de encinas y alcornoques y la pradería xerofita, que, bien asociada o aislada y libre de arbolado, da la característica al paisaje. En las zonas centrales, y sobre todo al Norte y Nordeste, los cultivos puede decirse que lo ocupan todo, principalmente los viñedos, a veces asociados al olivar, y las tierras abiertas, donde se recolectan los cereales y las leguminosas.

En las zonas ocupadas por los pantanos del Guadiana y del Záncara, una característica vegetación palustre de carrizos y juncales ocupa los terrenos encharcados.

La red hidrográfica puede decirse que, a excepción del Guadiana, río principal del territorio, es intermitente, estando caracterizada por un pronunciado y largo estiaje, que priva de corriente a los arroyos y riachuelos durante varios meses del año. Por otra parte, siendo el terreno de escasa pendiente, la red, muy indecisa, contribuye a dar la nota peculiar de casi todo este campo eruptivo. Existen algunas pequeñas zonas privadas de drenaje hacia el mar, indicio de las zonas endorreicas, más extensas y características, que ocupan las amplias llanuras que se extienden hacia el Nordeste.

En esta red, pese a su gran evolución, se han efectuado fenómenos de captura y modificaciones, debido a las acciones erosivas remontantes de pequeños arroyos, fenómenos mucho más enérgicos e importantes, en las zonas divisorias entre las cuencas del Guadiana y del Guadalquivir, pues los ríos de este último río, mucho más pendientes, poco a poco van ganando terreno y decapitando a los altos afluentes del Guadiana. Tal es lo que ha ocurrido con el Ojailen y el Fresnedas. Ambas redes, por otra parte, presentan característica fisiográfica distinta.

Dos formaciones geológicas puede decirse que constituyen el territorio que se describe en el libro. El mioceno, al Este, y el silúrico al Sur y Oeste. En la primera zona, al mioceno, muy extenso, se superponen las rañas o antiguos niveles o plataformas fluviales del plioceno. En la segunda región, al

silúrico se agregan manchones devónicos y carboníferos, como los de la cuenca del río Tirteafuera y Ojailen, que por lo general suelen estar ocupando el fondo de típicas sinclinales.

Toda la zona paleozoica se halla plegada por los antiguos movimientos hercinianos, los cuales fueron posteriormente seguidos, al final del paleozoico, por movimientos de descompresión, que fracturan y fallan al territorio. Durante el paleógeno, la comarca vuelve de nuevo a ser removida, pero en menor escala, por las últimas oleadas tectónicas que originó el levantamiento pirenaico. Dicho fenómeno es igualmente seguido por fenómenos de descompresión que rejuvenecen a las antiguas fracturas posthercinianas, y que en realidad quedan ligadas a los fenómenos que más recientemente hubieron de originar los óvalos mediterráneos, debido a movimientos de descenso de la corteza terrestre.

Las zonas terciarias no aparecen afectadas por fenómenos tectónicos, descansando sus materiales horizontales, en discordancia, sobre los terrenos paleozoicos, a los cuales, como se ha indicado, recubren.

Algunos yacimientos fosilíferos aparecen, tanto en el paleozoico, silúrico, devónico y carbonífero, como en el terciario (mioceno), los cuales, por sus especies, permiten con precisión datar las diversas formaciones geológicas. En el cuaternario, igualmente aparecieron restos fósiles de mamíferos, los cuales son de gran importancia, pues permitieron al Prof. Sr. Hernández-Pacheco (Eduardo) datar justamente a los fenómenos eruptivos que se produjeron en la región.

Por los minerales que integran a las rocas eruptivas, puede decirse que los materiales litológicos pertenecen a cuatro tipos principales, siendo éstos las limburgitas, los basaltos nefelínicos, melilíticos y plagioclásicos, siendo los últimos los menos abundantes, pudiendo decirse que la región volcánica se caracteriza por la abundancia y tipicidad de las rocas limburgíticas.

El tipo, muy variado, de los aparatos volcánicos permite suponer que, a excepción de las erupciones de tipo hawaiano y peleano, las restantes tuvieron lugar en es-

tos campos, siendo las más características las estrombolianas y las de tipo vulcaniano, caracterizadas, respectivamente, por la abundancia de bombas volcánicas y mantos de cenizas.

Entre los diversos aparatos volcánicos, son característicos del Campo de Calatrava el tipo denominado cúmulo-volcán o volcán-cúpula. Los conos de cenizas y lapillis, así como las lagunas craterianas de tipo de las de Eifel, son igualmente abundantes, reconociéndose aún en algunos volcanes la depresión crateriana, y perfectamente las coladas y mantos de cenizas.

Todos estos aparatos están totalmente extinguidos, y tan sólo, como últimas manifestaciones, quedan las fuentes carbónicas o manantiales con desprendimiento de anhídrido carbónico, denominadas en la región con el característico nombre de hervideros, debido al aspecto que presentan los manantiales y el característico ruido que hacen al desprenderse las burbujas de gas.

Las coladas lávicas, de categoría muy variada y algunas de hasta seis y ocho kilómetros de longitud por uno y medio a dos de anchura, llegan a presentar potencias de 8 y 10 m.

Encierran dichas coladas materiales buenos por su resistencia y talla, estando muchas en explotación, si bien la mayoría de los materiales enviados de allí para obras de pavimentación no sea lo suficientemente resistente por haberse explotado canteras de no buenas condiciones.

Tal es la característica de este campo eruptivo, el más extenso e importante de la Península, el cual comenzó a manifestar su actividad a finales del terciario, durante el plioceno superior, llegando sus últimas erupciones muy probablemente a ser contemporáneas del hombre cuaternario.

La red fluvial, en sus rasgos generales, era igual a la actual, y las coladas siguieron siempre las barrancadas y vallecillos que forma el terreno.

EL COLEGIO DE TRADUCTORES DE TOLEDO
Y DOMINGO GUNDISALVO (*)

por D. Juan García Fayos.

(Conclusión.)

Hemos querido dejar para este sitio una cuestión que ha surgido del estudio de las obras del Arcediano. Tal vez habráse advertido en las citas que llevan estas páginas que con frecuencia nos hemos referido a los *Heterodoxos*, de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Y es que el citado autor considera a nuestro filósofo como heterodoxo. Además de atribuirle otros errores, como el negar la creación en lugar y tiempo, el suponer compuestos de materia y forma los espíritus angélico y humano, y la unidad de sustancia, o mejor, que los términos materia y sustancia son sinónimos, le nota de panteísta, por lo menos, inconsciente. “El virus panteísta, dice D. Marcelino, se le había inoculado sin él pensarlo ni saberlo, dado que era privilegio de los varones de aquella remota edad el ignorar cierta clase de peligros.” No parece, sin embargo, disculparle tanto en su discurso sobre las vicisitudes de la Filosofía platónica en España, cuando después de afirmar que: “Haréau ha demostrado plenamente en una Memoria leída años hace en el Instituto de Francia que el *Libellus Alexandri*, citado por Alberto Magno como fuente de las herejías panteístas de David de Dinan, no fué de otro sino del Arcediano de Segovia, Domingo Gundisalvo”, añade que: “quizá no parezca temeraria presunción la identifique también el arcediano de Segovia con aquel misterioso *Mauritius Hispanus*, cuyas doctrinas aparecen condenadas en París en 1215 por el legado Roberto de Courcón, juntamente con los libros de Amalrico de Chartres y de David de Dinan.” Bonilla, por su parte, aunque no con términos tan explícitos, también parece aceptar sin vacilación el anterior pasaje.

Con el respeto y veneración que nos merece el acrisolado saber y honrada sensatez del eminente polígrafo, cuya memoria recuerda, no sin lágrimas, la cultura española,

hemos de confesar no ser ése nuestro sentir sobre el Arcediano.

Por lo que toca al negar la creación en lugar y tiempo, no parece ser ello exacto, y en este particular es Bonilla también de diverso sentir. Ciertamente que Gundisalvo, en un pasaje *De proc. mundi*, dice: “Por lo cual, como la creación de la materia y la forma, así también la unión de entre ambas no fué ni en lugar ni en tiempo, porque son obra de la primera causa, que no opera en tiempo” (24). Decimos, pues, que el sentido más en armonía con todas las obras de nuestro autor, que se debe dar a estas palabras, es que *no medió tiempo ni lugar entre la creación y la composición o conjunción de la forma y la materia*. Y se desprende clarísimamente de lo que a continuación añade: “De donde aunque la composición propiamente tal sea de cosas creadas de la nada y toda composición sea posterior a las cosas de que se hace, con todo, como se ha dicho antes, la creación no precedió a la composición ni en tiempo ni en orden, porque no en tiempo, sino al instante... existieron ambas juntamente” (25). Y antes había dicho: “La creación precedió a todo movimiento, no con anterioridad de tiempo, sino de causa” (26); y en el tratado de *divis. Philos.*: “Todo lo que comienza a existir, o comenzó a existir antes del tiempo, como la materia y las criaturas angélicas, o con el tiempo, como los cuerpos celestes” (27). Lo que dice, pues, nuestro autor es que la creación precedió a la composición *natura seu causalitate non tempore et loco*; porque *simul* existieron. Y está muy en consonancia esto con la teoría de Gundisalvo sobre la acción en el terreno metafísico. Supone él

(24) “Quapropter sicut creatio materiae et formae; sic et earum conjunctio non fuit in loco et in tempore, quoniam opus sunt primae causae, quae non operatur in tempore.”

(25) “Unde quamvis propria compositio sit ex creatis de nihilo, omnis autem compositio posterior est eis ex quibus fit; tamen sicut predictum est creatio compositionem nec tempore nec ordine precessit, quia non in tempore sed in instanti..., simul utraque fuit.”

(26) “Omnem motum creatio non tempore, sed causa precessit.”

(27) “Omne autem quod cepit, aut cepit esse ante tempus ut *ile* et angelica creatura, aut cum tempore ut coelestia corpora.”

(*) Véase el número anterior del BOLETÍN.

que ambas, materia y forma, fueron creadas, y al mismo tiempo tuvo lugar la composición entre ambas; ni podía ser otra cosa, dado que él, como aun hoy la mayoría de los tomistas, derivan la *subsistencia*, el *esse*, de la forma. Luego si no *simul* tuviera lugar la composición entre ambas, la materia hubiera existido, y no hubiera existido en el tiempo que precedió al de la composición. Después de la composición sigue la *generación*; pero ésta tiene lugar cuando se corrompe la forma: "Corruptio enim unius est generatio alterius."

En cuanto a la identidad entre los términos *sustancia* y *materia*, lo único que quiere decir es que tanto la forma como la materia no son sustancia por alguna *realidad* distinta de su *entidad*, sino por *sí mismas*: La sustancialidad y la unidad no son formas de la materia y de la forma como cosas diversas de éstas, sino son la misma materia y forma, no alguna otra cosa diversa de ellas, ni es otra cosa la materia que sustancia, que una veces suele llamarse materia y otras sustancia" (28). Por lo demás, es clarísimo que también dice ser sustancia la forma: "Pero porque todo *el sér* se deriva de la forma, y del accidente no se deriva *el sér*; por eso no es la forma accidente, sino sustancia" (29).

La constitución hilemórfica es cosa tan común entre los escolásticos del siglo XII y aun del primer grupo del siglo XIII, que llega a ser uno de los caracteres de su doctrina. Así que con Gundisalvo entran a la parte en lo de suponer compuestos de materia y forma los espíritus angélico y humano, Alejandro de Hales, Guillermo de Auvernia, San Buenaventura, Alberto *el magno*, aunque él llama *fundamento* a la *materia*; en una palabra, todos, hasta que vino Santo Tomás; y aun después que él negó la tal composición en los espíritus, siguieron atri-

(28) "Substantialitas et unitas non sunt formae materiae et formae quasi ab eis diversae, sed sunt *ipsum* et materia et forma, non *aliquid aliud ab eis*, nec est aliud materia quam substantia quae aliquando materia, aliquando substantia dicatur."

(29) "Sed quia omne *esse* ex forma est, ex accidenti vero non est *esse*, idcirco non est forma accidens sed *substantia*."

buyéndosela Scoto (que puso en ellos una materia *primo prima*), y también nuestro Lulio.

Por último, tildase a nuestro filósofo de *panteísta*, por lo menos, *inconsciente*. Cúmplenos, por consiguiente, demostrar: A) que no fué panteísta; B) que ni siquiera lo fué inconsciente.

Y a la verdad, al leer sus producciones, no hemos sabido hallar nada que sólidamente nos hiciera sospechar de la *ortodoxia* de Gundisalvo; antes al contrario, hemos tropezado hartas veces con expresiones que distan mucho de poder brotar del corazón ni de la pluma de ningún panteísta. Escribe en el libro *De divis. Philos.*: "Todo lo que existe, o comenzó o no comenzó a existir. No comenzó a existir, como *Dios creador de todas las cosas*: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y esto es verdaderamente eterno y carece de principio y de fin; comenzó a existir, como *toda criatura*" (30). Y en el *De proc. mundi.*: "Por lo cual se dice que la materia y la forma fueron creadas. Pues como sólo existía el Creador, a la verdad, no pudieron ser creadas sino de él mismo o de la nada. Ahora bien, lo que es de él mismo no es otra cosa diversa de él, sino una misma cosa con él, y por eso ni hecho ni creado, sino engendrado (el Verbo divino) y procedente (el Espíritu Santo). Empero aquéllas (la materia y la forma) son diversas de él; por lo cual, no de él mismo, sino de nada, fueron creadas, puesto que no existía algo de lo cual pudieran ser creadas" (31).

¿Dónde está la identidad de todas las realidades con la sustancia divina? ¿Dónde la materia increada? ¿Dónde la negación o la duda insoluble de la acción creadora?

(30) "Omne quod est, aut cepit esse aut non cepit esse. Non cepit esse ut *Deus creator omnium*: pater et filius et spiritus sanctus, et hoc est vere aeternum initio carens et fine; *cepit autem esse* ut omnis creatura."

(31) "Quapropter materia et forma creata esse dicuntur; quia enim solus Creator erat, profecto non nisi de ipso et de nihilo creari potuerunt. Quod autem de ipso est nihil aliud ab ipso est, sed idem cum ipso, ideoque nec factum, nec creatum; sed generatum et procedens. Haec autem diversae sunt ab ipso, quare non de ipso sed de nihilo creata sunt, cum nihil esset de quo creari potuerunt."

¿Cómo se compagina la *inmovilidad* del *primer principio*, de que nos habla en el tratado *De proc. mundi.*, con la *perpetua inmovilidad* de la *sustancia divina*, como es dogma entre los panteístas?

Pero veamos ya qué es lo que, al menos, pudo venderle como panteísta sin serlo; o mejor, veamos si en sus escritos aparece razón suficiente para tenerle por tal. Se cita un texto famoso, del cual aun se pretende sacar una consciente heterodoxia. Dice así: "Porque ya sea simple, ya compuesta, ya espiritual, ya corporal, la cosa es una por la unidad" (32). Confieso que yo no sé sacar de esta expresión, con consecuencia lógica y no imaginaria, el veneno panteísta. ¡Si eso se está repitiendo a dos por tres en todas las aulas de Ontología! Por ese camino, más peligro habrían de infundirnos aquellas palabras de San Agustín: "No es otra cosa ser que ser uno. Así, que en cuanto cualquier cosa adquiere la unidad, en tanto es" (33). Y de frases semejantes abundan los místicos y las sagradas páginas. Y, a la verdad, ¿quién no ha bebido en sus libros conceptos metafísicos de emanación de todas las cosas del seno de la Divinidad? La belleza de las criaturas es en sus labios como una luminosa cascada de luz y de armonía que brota de la Divina Hermosura. Dios les habla en todas las cosas, y a El sólo ven en ellas, y con El se regalan y deleitan por doquier. Ellos mismos, con todo cuanto se despliega a los ojos del entendimiento, no son, en su concepto, sino finísimas gotas en el inmenso río que, saliendo de Dios, a Dios vuelve. ¿Quién no les ha oído hablar nunca de dilatarse nuestro corazón en el mismo Dios, de unirse todo a El, de ser uno con El? Pues San Buenaventura no hay para qué recordar que abunda en términos semejantes. Y en el pseudo Areopagita es dogma la emanación de las criaturas de Dios, el orden de todas las cosas creadas en una escala de gradual descenso desde Dios, y el

retorno final a Dios por el éxtasis contemplativo.

Y por estas remembranzas de neoplatonismo, ¿tenemos, acaso, a los predichos autores por panteístas? Pues, ¿qué tiene que ver con ellas, ni el número ni la fuerza de las de nuestro autor?

Por lo que toca a las cavilaciones que han sugerido algunas expresiones de Arcediano, inspiradas en el *Fons vitae* del Avicebrón, puede uno curarse religiosamente de ellas leyendo algunos salmos, como el 35, donde se dice: "Quoniam apud te est fons vitae; et in lumine tuo videbimus lumen." Lo que Gundisalvo escribió en *De proc. mundi.*: "La materia es cierta cosa eterna" (34); en primer lugar, no pugna con la creación de la misma; y en segundo lugar, no quiere decir otra cosa, como luego explícitamente declara, que "existió sin principio en la sabiduría del Creador" (35). Ni obsta tampoco que el libro *De Unitate*, de Gundisalvo, sea el libro de Alejandro, donde bebió David de Dinan, según Alberto Magno, el virus panteísta, Porque, fuera de que Wulf, cuya autoridad en este punto es indiscutible, dice: "Quizá también David conoció el *Fons vitae*, de Avicebrón; pero su panteísmo nada tiene que ver con el libro *De Unitate*, de Gundisalvo, como se ha pensado largo tiempo; pues éste está concebido en el espíritu del individualismo escolástico" (36); basta hojearlo ligeramente, para encontrarse con frases como ésta: "Pues siendo uno verdaderamente el *Creador*, por eso a las cosas que creó..." (37). Ciertamente, no parece deberían hallarse tales frases en un libro en el que tan manifiestamente se contiene la quinta esencia del panteísmo *pretense*. En otro lugar dice: "Porque la primera y verdadera unidad, que es unidad para sí, creó otra uni-

(34) "Materia quoddam aeternum est."

(35) "Sine initio fuit in sapientia Creatoris."

(36) Conviene también advertir que en este oscuro y complicado pasaje, de donde hemos tomado la frase "materia est quoddam aeternum", trata nuestro autor de las soluciones o sentidos que se pueden dar a aquella sentencia de Platón que dice ser materia *algo* entre *el ser y la nada*: "Plato primam materiam dicit fuisse inter aliquam substantiam et nullam."

(37) "Quia enim *Creator* vere unus est, ideo rebus quas condidit..."

(32) "Sive enim sit simplex, sive composita, sive spiritualis, sive corporalis, res unitate una est."

(33) "Nihil est autem esse quam unum esse. Itaque in quantum quidque unitatem adipiscitur, in tantum est."

dad que está debajo de ella. Pero como todo lo creado es diverso de aquel por quien es creado, verdaderamente la unidad creada debió ser diversa de la creante y opuesta a ella. Ahora bien: como la unidad creadora no tiene principio, ni fin, ni cambios, ni diversidad, de ahí que a la unidad creada le acaezca el ser multiplicable y diversa y mutable” (38). Y en otra parte: “Todo el ser viene de la forma; en las cosas creadas, se entiende” (39).

Y es que en el Arcediano de Segovia, como observa Wulf, con cuyas palabras cierra este trabajo, “los elementos de neopitagorismo y neoplatonismo, de que está teñido el aristotelismo de Gundisalvo, han perdido toda significación panteísta. Gundisalvo es individualista, gracias a la influencia de los filósofos cristianos, principalmente de Boecio y San Agustín.”

INSTITUCION

EN LA INAUGURACION DE LA «FUENTE DE COSSÍO»

(Domingo 23 de octubre de 1932.)

I.—Palabras de D. Rafael Salazar Alonso.

El Sr. Salazar Alonso, Presidente de la Diputación, empezó manifestando que la idea suya de dar el nombre de “Fuente Cossío” a la que se inauguraba en lo alto de la sierra y en la carretera que une a Miraflores con Rascafría, había merecido la más cordial acogida por parte de la Comisión gestora, donde el maestro Cossío tiene los máximos respetos y la más grande consideración, y que en el momento de descubrir aquella lápida, que era una ofrenda que la Dipu-

(38) “Prima enim vera unitas, quae est unitas sibi insi, creavit aliam unitatem, quae est infra eam. Sed quia omne creatum diversum est ab eo a que creatum est, profecto creata unitas a creante unitate omnino diversa esse debuit et opposita. Sed quia creatrix unitas non habet principium neque finem nec permutationem nec diversitatem; ideo creatae unitati accidit multiplicabilitas et diversitas ea mutabilitas.”

(39) “Omne esse ex forma est, in creatis scilicet.”

tación provincial de Madrid consagraba a la España liberal y democrática, él quería hacer resaltar la honda significación del acto, dedicado a enaltecer a uno de los hombres más representativos de España, que por la nobleza de su carácter, la franqueza y lealtad de sus opiniones, la extensión de sus conocimientos y su recia cultura, llena de humanidad y de espíritu, constituía un símbolo del progreso nacional.

Con profunda emoción aseguró que actos como el que la Diputación celebraba era necesario que, sin prodigarse, se realizaran con la frecuencia a que obligaba la devoción ciudadana, porque la historia había que forjarla en el sentido reverencial a los hombres representativos, y a este efecto, un alto exponente de la España culta, liberal y progresiva, se hacía carne en torno a un homenaje a Cossío.

Es aquí—prosiguió—, en lo alto de esta sierra, que guarda la salud y la vida de Madrid, donde hay la huella de otro espíritu excelso, el de D. Francisco Giner de los Ríos; porque al nombrar a los hombres que han modelado una España grande, no puede por menos de venir al recuerdo la figura venerable del sabio maestro, del niño anciano, maestro de la Filosofía y adoctrinador del pueblo, que llevó a la vida civil la jerarquía de su entendimiento altísimo, unido a la profunda humildad de aquel noble varón, a quien aun los espíritus más sectarios hubieron de calificar de San Francisco de Asís laico, y con él—continuó—viene engarzada al recuerdo también la gloriosa Institución Libre de Enseñanza, que hoy en este acto está representada por hombres que aprendieron al lado de Giner de los Ríos a forjar generaciones y a laborar nuevos destinos, y girando la vista en torno a ese grupo de ex alumnos de la Institución Libre de Enseñanza que se ha incorporado a nosotros, vibra aún en su espíritu la emoción de las lecciones del maestro, y recorriendo con ella a los hombres que aquí se agrupan, y que no menciono por no herir su modestia, puedo decir, sin orgullo y con rendimiento a la verdad, que aquí estamos realizando un acto solemne; solemne, porque solamente es el espectáculo de esta naturaleza, solemne es la

figura a quien conmemoramos y solemne es nuestra emoción. Pero al mismo tiempo un acto humilde, porque lo solemne y lo humilde se funden, y aquí, en lo alto de esta sierra y al pie de esta fuente, al consagrar esta lápida a Cossío, dejamos sellado un acto que tiene como característica ésa: la devoción, el sentido reverencial a los valores del espíritu y de la inteligencia, y el amor a la naturaleza. En una palabra, todo lo que es Cossío, todo lo que fué Giner, todo lo que aspiramos a ser cuantos en este acto nos congregamos en la emoción de estos momentos felices.

II.— Cuartillas leídas por el Marqués de Palomares, Presidente de la Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución.

La Excmo. Diputación de Madrid ha tenido la gentileza de invitar para este acto a la Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, que me honro en presidir. En su nombre, tengo gran satisfacción al expresar aquí nuestra gratitud a la Diputación por su amable atención y delicado recuerdo.

Verdad es que la Corporación no podía estar ausente en la inauguración de este monumento, ya que con él se trata de glorificar a uno de nuestros más queridos y venerados maestros: D. Manuel B. Cossío.

Con estas pocas palabras debiera dar por terminado mi cometido. Pero el corazón me pide y la justicia demanda el asociar, en este momento, al nombre del Sr. Cossío, el de otro profesor nuestro, igualmente querido: me refiero a D. Ricardo Rubio.

Los nombres del Sr. Cossío y del señor Rubio son para nosotros, sus discípulos, inseparables. Juntos, durante una larga vida, bajo el mismo techo; juntos en la constante labor pedagógica y cultural de España, y unidos siempre en el ideal de Paz y Concordia entre todos los que formamos esta Patria, por ellos tan amada, son suficientes motivos a que este ya viejo discípulo suyo quiera unir sus nombres en este instante de emoción y frente a esta sierra de Guadarrama, que ellos descubrieron al goce de futuras generaciones.

III.— Carta del Sr. Cossío.

“Collado Mediano, 23 de octubre de 1932.
Excmo. Sr. D. Rafael Salazar Alonso,
Presidente de la Diputación provincial.

Mi querido señor y amigo: Temo que mi silencio ante la fuente de la Morcuera, que por amable designio de esa ilustre Corporación ha de llevar mi nombre, pudiera parecer movimiento afectado de fingida modestia, cuando no aspiro sino a que mi conducta sea muestra de sencillez, de sinceridad y de obligada reserva.

La Diputación me ha otorgado inmerecidamente un alto honor—claro que como humildísima representación de una idea y de una larga obra colectiva, obra de muchos y queridos maestros y de muchos y queridos alumnos—, honor de aquellos que no debieran concederse, a mi juicio, sino cuando el ensalzado no tiene ya posibilidad de dar las gracias. Por fortuna o por desdicha, no estando yo en ese caso, he de resignarme, y ante tal homenaje siento que no sería bien nacido si no manifestase mi deseo de que conste ahora, y para siempre, a esa Diputación, que usted dignamente preside, mi más profundo agradecimiento y el de todos aquellos también a quienes saludo, y de quienes creo llevar la voz y la representación en estas palabras.

De usted muy afectísimo amigo, que estrecha su mano, *Manuel B. Cossío.*”

NOTAS DE EXCURSIONES

por los profesores D. José M. Giner
y D. José Ontañón (1).

El Pardo.

4 de mayo de 1924.

Excursión que muchas veces se ha repetido, y que, generalmente, hacemos en primavera o en otoño, porque en estas estaciones es cuando más se goza de la Naturaleza, que tan espléndida se muestra, con

(1) Véase el número 864 del BOLETÍN.

pródiga variedad, en todo el recinto de este bosque, cuya mancha de encinas se extiende desde la Sierra hasta las puertas de Madrid.

Casi siempre se hace un paréntesis en el día de campo para visitar el Palacio, la Casita del Príncipe y el Convento del Cristo.

En este día, salimos a las nueve de la mañana y llegamos a pie hasta el pueblo.

Palacio. Es el más viejo de los palacios reales que conservamos, aunque la obra actual no comienza hasta mitad del siglo xvi. El Pardo ya fué coto de caza en el xiv, y se cita en el *Libro de la Montería*, de Alfonso XI. No hay datos de que en este tiempo hubiese palacio; pero sí sabemos que Enrique III, a comienzos del xv, levantaba uno en este mismo lugar. A él acaso corresponda el foso, que aun subsiste. La edificación primitiva, que debió reformarse en sucesivas ocasiones, especialmente por los Reyes Católicos y Carlos V, fué demolida, por orden de éste, para hacer una de nueva planta, en 1543. Luis de la Vega hizo los primeros planos, y la obra continuó en manos de Antonio de Segura, Diego Sillero y Pedro García de Mazuecos. Terminábase en 1558, y la decoración interior correspondió toda al tiempo de Felipe II, perdida casi en absoluto en un incendio en el año 1604. Francisco de Mora, en tiempo de Felipe III, repara el edificio, y Carlos III en 1772 encarga a Sabatini la ampliación, en otro tanto, del palacio, que era reducido para toda la Corte. En tiempos de Carlos IV y Fernando VII se amuebló de nuevo y se pintaron nuevos frescos que sustituyeron, salvo el magnífico que se conserva de Gaspar Becerra, a los de los Caxés y Vicente Carducho, mutilados en el fuego algunos y desaparecidos en él otros. Bayeu, Maella, Zacarías Velázquez, Gálvez y Ribera reemplazaron con sus pinturas neoclásicas a las ya indicadas. Sabido es que la mayor riqueza de este palacio es su colección de tapices, algunos del xvii, y, en su mayoría, del xviii. procedentes, casi en su totalidad, de la fábrica de Santa Bárbara, y hechos por los cartones de Goya, Bayeu y

Maella, entre los españoles, y Wouwerman y Teniers entre los extranjeros.

La fachada primitiva es la de poniente, entre dos torreones de ángulo, que ostentan sendos escudos de Carlos V, y luce una puerta sencilla del Renacimiento, con la cartela de dedicación y la fecha de 1543, antes señalada.

El piso bajo conserva la serie de rejas del recacimiento que debió tener todo él, y que fueron sustituidas por los balcones actuales en la reforma de Sabatini, en tiempo de Carlos III.

El resto del exterior no ofrece ningún detalle de interés, salvo la línea general neoclásica, que el siglo xviii imprimió a toda la obra, tanto nueva como vieja.

Al interior, hay tres patios: el primitivo, el de poniente, con sólo dos galerías opuestas de columnas jónicas y arcos rebajados, de un segundo Renacimiento. Las galerías altas, que eran adinteladas, con columnas y zapatas de granito, han sido tabicadas en los arreglos posteriores. Dos escaleras, en los ángulos de este patio, tienen algunos cuadros de interés. En la primera, existe el famoso *retrato ecuestre*, de D. Juan de Austria, el hijo de Felipe IV, que tradicionalmente se atribuía a Ribera, aunque sólo es obra curiosa de su escuela, y un lienzo de D. José de Madrazo, típico por su neoclasicismo, *La muerte de Lucrecia*. En la segunda, se ve el mediocre *retrato ecuestre* de Fernando VII y D. Carlos María Isidro.

De todos los techos pintados en los salones, el de la torre sudoeste es el de más importancia, por ser la única obra pictórica conocida de Gaspar Becerra, ejecutada por encargo de Felipe II. Representa escenas de la vida de Perseo, divididas en diferentes cuadros, entre renacientes estucos. Por desgracia, este salón fué convertido en cuarto de baño, y es de esperar que ahora vuelva a su primitivo estado.

En el lado norte, el salón que da al patio viejo también conserva techo pintado a comienzos del xvii, y un tercero, que subsiste en un salón cuadrado, cerca del gran comedor, es también de esta época, y su

compartimiento central representa la rendición de Granada.

De todos los demás techos, que, como se ha dicho, corresponden al fin del XVIII y comienzos del XIX, el más fundamental es el de Bayeu, del Salón de Embajadores, obra de 1774.

El mobiliario, casi en su totalidad, corresponde a los reinados de Carlos IV y Fernando VII, es decir, a los estilos franceses de Luis XVI e Imperio. Las sederías, de fines del XVIII también, son de Talavera y de Valencia; algunas, ejemplares magníficos, como la azul del salón que fué alcoba de la reina y la amarilla del Salón de Embajadores.

Completan el conjunto las porcelanas de Sèvres y del Retiro, y una gran colección de relojes de bronce dorado y de arañas de cristal de roca y bronce.

Los tapices, como se dijo antes, constituyen el principal interés del palacio. Su número es grandísimo, y decoran los muros de todos los salones. En la alcoba de Alfonso XII existía el único ejemplar del cartón de *La gallina ciega*, de Goya, y que se llevó al palacio de Madrid, y en el gran comedor y los salones que unen el de Embajadores con la galería del teatro, se muestran *El pelele*, *Las floristas*, *La cometa*, *Los bandoleros*, *El quitasol* y *Los Perros*, entre otros, del mismo.

En el Salón de Embajadores, frente a *Los zancos* y *La nevada*, de Goya, *El juego de bolos*, *El choricero* y *El hombre del clavel*, de Bayeu. En la cámara de la reina y en los salones de poniente, están los más famosos de Teniers.

La *Iglesia parroquial*, unida al palacio por un arco de la época de Fernando VII, es de interés secundario. Obra de Carlier, guarda sobre sus altares cuadros neoclásicos de Juan Peña.

La *Casita del Príncipe* es un ejemplar muy armónico del reinado de Carlos IV. Está levantada aún en tiempo de Carlos III, aunque la decoración corresponde al de su hijo. Tiene sólo piso bajo, y su ingreso es un modesto pórtico de dos columnas jónicas, con un escudo encima, y en él un gracioso enlace de todas las le-

tras del nombre de Carlos. Consta el interior de ocho salones, pintados al fresco por Bayeu y Maella, recubiertos sus muros por sedas y terciopelos valencianos. El vestíbulo es un notable ejemplar neoclásico de estucos, con figuras de relieve en blanco, del estilo de Roberto Michel, y la rotonda está decorada con mármoles de colores.

El *Convento del Cristo*, a un kilómetro, en el lado opuesto del Manzanares, es fundación de Felipe III. Su exterior carece de interés. Lo tiene, y bien grande, la vista de Sierra, que se domina desde la esplanada de ingreso, con la silueta de Colmenar Viejo y la Sierra de San Pedro a la derecha, y el Cuchillar de Torrelodones a la izquierda.

Sobresalen en el interior las pinturas y la efigie del Cristo. Esta es obra de Gregorio Hernández, hecha para Felipe III; un buen ejemplar de la escuela vallisoletana. El cuadro del altar mayor lo hizo Francisco Rici, por encargo de Felipe IV, en 1650. Representa la Virgen de los Angeles y, en la parte inferior, San Felipe y San Francisco. En la misma Capilla Mayor, hay una Virgen del Consuelo, que perteneció a Felipe III, y que es una obra italiana del siglo XVI. Está ahora pegada en otro lienzo, donde se ha pintado a este rey, en adoración. Lucas Jordán tiene un San Fernando, y la escuela valenciana, un San Onofre, excelente ejemplar tenebrista.

El resto del tiempo lo pasamos remontando el Manzanares hasta la altura de la Fuente del Angosto (2 Km.); comimos a la orilla del río y regresamos a Madrid en un autobús público a las siete de la tarde.

* * *

Cuenca.

16, 17 y 18 de mayo de 1924.

Salida de Madrid, por la estación del Mediodía el viernes, 16, a las 5,30 de la tarde. Hicimos una larga parada en Aranjuez, aprovechada para asomarnos a la gran Plaza del Palacio y al brazo pequeño del Tajo, que contorna el Jardín de la Isla. Llegada a las 12 de la noche, habien-

do pasado por los pueblos importantes de la provincia, como son Tarancón y Huete, sin luz del día.

Sábado 17. Pasamos la mañana en la Catedral, después de orientarnos y darnos cuenta de la situación extraordinaria de la ciudad, con las dos hoces del Júcar y el Huécar, que circundan la roca en que está encaramada la parte vieja, conquistada en 1177 por Alfonso VIII, y en la cual se encuentra aquel templo gótico, de influjo anglonormando, único de esta escuela en la Península. La diferencia entre las dos hoces es manifiesta, puesto que la del Júcar tiene formas más serenas, por donde el río se desliza tranquilo, mientras que el Huécar es un arroyo que salta entre las sinuosidades abiertas en las amarillas y rosadas rocas calizas, a trechos cubiertas de hiedra.

Al pie del apretado caserío de la ciudad antigua se extiende la nueva, llamada la Carretería, que data del siglo XVIII, y desde la cual no se da idea de la situación estratégica y pintoresca del barrio de la Catedral y del Castillo.

Todo el arte conquense es secundario al lado de la Catedral. Conquistada la ciudad, la mezquita mayor se consagra como templo cristiano, y durante el episcopado de San Julián, su segundo obispo, se comienza la obra subsistente, bajo el patronato de Alfonso VIII y Leonor de Plantagenet, los mismos reyes que, en aquellos días, levantaban el Monasterio de Las Huelgas en las inmediaciones de Burgos. Ambos edificios son los primeros francamente góticos en nuestro suelo, y esta Catedral, probablemente por el influjo del país de origen de la soberana, nos da, no solamente en la parte de cabecera y crucero, sino especialmente en la nave mayor, el reflejo de la citada escuela.

De 1183 a 1207, se levanta la Capilla Mayor y el crucero, consagrados en 1208 por D. Rodrigo Jiménez de Rada. A partir de esta fecha, se hace el resto de la iglesia, concluida dentro del siglo XIII. Terminaba en cinco ábsides, y los laterales fueron sustituidos en el siglo XV, en tiempo del obispo D. Lope de Barrientos, por una

girola de dos naves, magnífica en su género, hija mayor de la Catedral de Toledo.

Desde el hundimiento de la torre (1902), que amenazaba la seguridad de la construcción, se desmontó la fachada, añadido de los siglos XVI y XVII. Aun siguen las obras, para las cuales se ha cortado la Catedral en sus dos últimos tramos. Por tanto, no hay un buen punto de vista externo, y sólo desde el castillo o desde el alto Santuario del Socorro, se goza de una silueta, coronada por la cúpula del crucero, que, siguiendo la costumbre inglesa, fué, al mismo tiempo, torre de campanas.

Después de ver con dificultad (por lo ahogada que está la Catedral entre construcciones) los arbotantes, tan primitivos y faltos de desarrollo, y los pináculos que coronan los contrafuertes, con crochets y arcos trilobulados, entramos por la puerta que se ha habilitado durante las obras, y que comunica con la Capilla de los Apóstoles.

En el interior se hizo resaltar la diferencia entre la construcción primitiva de ábsides y crucero, de un gótico tan puro, pero, al mismo tiempo, con la energía y robustez románicas, y las tres naves, en las que, con mayor fuerza aún, es visible el ya aludido influjo inglés. Este se manifiesta, no solamente por la terminación de la iglesia, modificada, como se ha dicho, en el siglo XV, y en la cúpula del crucero, cerrada interiormente por una bóveda con una abertura circular, sino también por las cubiertas, en que las correspondientes al crucero y a la nave central son sexpartitas, y cuyos baquetones reposan en cabezas, a modo de ménsulas; por la esbeltez de columnas y capiteles, así como por los arcos lanceolados, tan agudos, que parecen posteriores y, finalmente, por la disposición del triforio y la ornamentación de éste.

La Capilla Mayor, donde alternan el pilar cilíndrico con capital de *crochets* y el pilar gótico, cuyos capiteles de dos cuerpos son esbeltísimos, conserva aún sus ventanales con arcos de medio punto, y su decoración, con puntos de diamante y zigzags, nos recuerda el arte anterior, como

igualmente la disposición radiada de los rosetones del crucero.

El retablo, del siglo xv, muy alabado por los que lo vieron antes de su desaparición en el siglo xviii, del que decía Martir Rizo «de maravillosa escultura..., la más famosa máquina de Europa», lo sustituyó Villanueva por uno neoclásico, de jaspes, con capiteles corintios de bronce dorado. La escultura, en mármol blanco, es italiana y bastante floja. La reja, magnífica, obra maestra de Hernando de Arenas, es del más exquisito Renacimiento, con coronación dorada a fuego y hierros retorcidos. Frente a ella, la del coro, algo más sobria, también del siglo xvi, e igualmente espléndida.

Sillería insignificante del siglo xviii. También son de esta época las cajas de los órganos y el trascoro, que tampoco ofrecen el menor interés.

En cambio, el brazo norte del crucero muestra uno de los trozos más fundamentales del Renacimiento español, obra de Jamete, consistente en la puerta del claustro y su decoración superior. Entre la escultura del dintel principal, sostenida por columnas corintias, que, a su vez, se apoyan en ménsulas, aparece una cartela con la fecha de 1546.

A imitación de Toledo, Villanueva hizo en la girola un transparente neoclásico, dedicado a San Julián, rico en mármoles, jaspes y bronce. En esta parte especialmente, pero también en otras muchas capillas, guarda la Catedral una colección de rejas, que hacen de ella un verdadero museo de este arte, tan genuinamente español. Una única hay gótica, del xv, sencilla y elegantísima: la de la capilla de San Roque. Del xvi, platerescas y del primer Renacimiento, la grande de la Capilla de los Albornoces o de los Caballeros, con un medallón que representa la Anunciación; la de la Capilla del Socorro, con representación de la genealogía de la Virgen, en la Crestería, y la que cierra, la de San Julián y San Lesmes. Más sobrias, en tipo grecorromano, la de los Apóstoles, atribuida a Cristóbal de Andino; otra, en la Capilla arreglada para panteón por el escultor Benlliure y la del Sagrario.

Por último, del xviii, las laterales de la Capilla Mayor.

La Capilla de más interés es la de los Caballeros, obra del siglo xv, embebida en la girola. Renaciente es la de los Apóstoles, ya citada, y del más seco grecorromano, el Sagrario, donde se venera la Virgen de las batallas, que llevaba siempre consigo Alfonso VIII, y que cedió a la Catedral.

En la sacristía, el arte churrigueresco convive con el gótico. La magnífica custodia que hizo Cristóbal Becerril, en el siglo xvi, desapareció en la guerra de la Independencia. Hay en aquélla cuadros interesantes de escuela valenciana, algunos atribuidos a Yáñez de Almedina.

A la sala capitular se entra por una puerta de un Renacimiento exuberante, que conserva de este estilo sus dos hojas, una de ellas atribuida a Berruguete. El interior tiene un artesonado del xvi, horriblemente pintado, y sus muros se cubren con tapicería del siglo xvii.

La Capilla del Corazón es otro salón rectangular, también con artesonado, desde cuyas ventanas se dominan, del modo más completo, las hoces del Huécar.

De todos los retablos de la Catedral, es interesante, por sus pinturas italianas del xvi, el de la ya citada Capilla de los Caballeros.

Después de entrar un momento en el claustro, obra grecorromana secundaria, del siglo xvii, subimos a la cúpula del crucero, por ver la disposición de ésta, la finura de sus detalles y el remate del anillo de la bóveda interior.

Concluimos la mañana descendiendo hasta el Júcar por la pintoresca Bajada de los Descalzos, y empleamos la tarde en el no menos interesante recorrido de las hoces del Huécar, siguiendo el contorno de la ciudad y continuando río arriba, hasta dar vista al pueblo de Palomera. A la vuelta, para disfrutar de la puesta de Sol, subimos a la Ermita del Socorro, que, por su altura, domina enteramente la ciudad y sus alrededores.

Domingo 18.—Los alumnos de la Institución teníamos un piadoso deber que cumplir, por ser la primera vez que íbamos a

Cuenca después de haber muerto allí, el 22 de junio de 1918, la que también lo fué, Dolores Torres Balbás, desaparecida prematuramente, siendo profesora de la Escuela Normal, cuando tanto prometía, por sus condiciones excepcionales, y cuyo recuerdo es imborrable para cuantos la tratamos. Todos nosotros fuimos al Cementerio a dejarle unas flores, y, en aquel mismo lugar, se explicó a los que no la habían conocido, lo que aquella singular criatura significaba en nuestro grupo.

Dimos después un repaso a la Catedral; subimos luego a la torre municipal del reloj, y pasando por la calle central antigua hasta el castillo, entramos un momento en la iglesia poligonal de San Pedro, obra gótica del siglo XVI, hecha, probablemente, sobre otra anterior. Atravesando de nuevo el viaducto, para ver de nuevo las casas suspendidas sobre el Huécar, nos acercamos al Seminario de San Pablo, con cuya portada, tan extremadamente barroca, terminamos la visita de la ciudad.

A las 2,15 de la tarde salimos para Madrid, y llegamos a las nueve de la noche.

(Concluirá.)

LIBROS RECIBIDOS

Ayuntamiento Constitucional de Barcelona. — *Actuación pedagógica de la Comisión de Colonias Escolares y Escuelas de Bosque durante el año 1914.* — (Comisión de Colonias Escolares y Escuelas de Bosque. — Núm. 3). — Barcelona, Talleres de Artes Gráficas de Henrich y Cia., en Cta. — Año 1914. — 4.º — Don. de D. H. Giner de los Ríos.

Scalzi (Francesco). — *La scoperta della trasfusione della sangue rivendicata all'Italia per cura del dott. cav...* — Roma, Stabilimento tipog di G. Via, 1871. Folleto, 4.º — Don. de id.

Comisión del Mapa Geológico de España. — *Su origen, vicisitudes y circunstancias actuales.* — Noticia presentada en la Exposición de Minería celebrada en Madrid en 1883. — Madrid, Imprenta y fundición de Manuel Tello, 1883. — Folleto, 4.º — Don. de id.

Pers y Ramona (Magin). — *Historia de la lengua y literatura catalana.* Desde su origen hasta nuestros días. — Barcelona, Imp. de José Tauló, 1857. — 8.º — Don. de id.

Melcior y Farré (Víctor). — *Los estados subconscientes y las aberraciones de la personalidad.* — (Biblioteca Científico-filosófica de Lumen). — Barcelona, Imprenta, Librería y Casa editorial de Carbonell y Esteva, S. en C., 1904. — 4.º — Don. de id.

Segundo Congreso Africanista. Celebrado en el Salón de actos del Círculo Mercantil, Industrial y Agrícola de Zaragoza en los días 26, 27, 28, 29, 30 y 31 de octubre de 1908 por iniciativa de los Centros Comerciales Hispano-Marroquíes. — Barcelona, Imprenta *España en Africa*, 1908. — 8.º — Don. de id.

Solución jurídica de interés general en interpretación de la ley española sobre Propiedad Minera. — Madrid, J. Rátés, impresor. — 8.º — Don. de id.

Castro (Cristóbal de). — *Estudio biográfico del Excmo. Sr. D. Nicolás María Rivero.* — Redactado por..., según encargo del Excmo. Sr. Presidente del Congreso de los Diputados. — Madrid, Talleres tipográficos de *La Mañana*, 1915. — 4.º — Don. de id.

García Alix (Antonio). — *Disposiciones dictadas para la Reorganización de la Enseñanza*, por D. ..., primer Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes: 26 abril a 30 setiembre de 1900 — Madrid, Imprenta del Colegio Nacional de Sordomudos y Ciegos, 1900. — 4.º — Don. de id.

Otero y Arbona (José). — *Manual de contabilidad general y aplicada a las provincias y municipios.* — (Preparación para el ingreso en el Cuerpo de Contadores provinciales y municipales). — Toledo, Imprenta de la Viuda e Hijos de J. Rodríguez, 1905. — 4.º — Don. del autor.

Carrera Justiz (J.). — *Estudios político-sociales.* — Orientaciones necesarias. Cuba y Panamá. — Habana, Lib. e Imp. «La Moderna Poesía», 1911. — 4.º — Don. de id.